



**UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES/ FACULTAD DE MEDICINA  
Magíster en Psicología Clínica de Adultos**

**Tesis para optar al Grado de  
Magister en Psicología Clínica de Adultos**

**“ESTUDIO DE CASO:  
DEL ESTATUTO DE LA INVENCIÓN FEMENINA FRENTE AL ESTRAGO  
MATERNO”**

**ALUMNA  
M. Trinidad Avaria Marraccini**

**PROFESOR PATROCINANTE  
Roberto Aceituno**

**PROFESOR GUÍA  
Alejandro Reinoso M.**

**ENERO 2013  
SANTIAGO, CHILE**

**AGRADECIMIENTOS**

Agradezco a todos quienes me ayudaron y apoyaron en la elaboración de este estudio de caso.

En primer lugar a Colomba, por enseñarme.

A Diego, por el espacio, su cariño e infinita paciencia.

A Alejandro Reinoso, por su generosidad y mesura.

A mis padres, por permitir que la deuda de gratitud quedara instalada en el futuro.

Y a Leonor, mi hija, por haber venido.

## INDICE

<b>I. INTRODUCCIÓN</b>	p. 3
<b>II. PRESENTACIÓN CASO CLÍNICO</b>	p. 12
1. Historial clínico	p. 12
2. Primer momento: Encandilada por la madre.	p. 18
3. Segundo momento: Otra madre, otra mujer.	p. 23
4. Tercer momento: Un hombre, un quehacer.	p. 26
<b>III. ARTICULACIÓN TEÓRICO CLÍNICA</b>	p. 28
1. ¿Un caso de regresión? Freud y la ligazón-madre pre edípica.	p. 30
2. Colomba no-toda.	p. 35
3. El estrago materno.	p. 39
3. 1. El estrago y el deseo de Ana.	p. 40
3. 2 El estrago estructural ¿La imposibilidad de una transmisión?	p. 42
4. La posibilidad de una transmisión femenina: más allá de Ana.	p. 45
4.1 El atravesamiento del estrago, la renuncia a la madre.	p. 45
4.2 El efecto-madre y la transferencia.	p. 47
5. Un hombre, un estrago ¿una invención?	p. 53
6. No más madres, el cierre del proceso.	p. 60
<b>IV. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES</b>	p. 62
<b>V. REFERENCIAS</b>	p. 66

## I. INTRODUCCIÓN

El problema que se busca abordar en la siguiente tesis, problema que emerge desde la contingencia de un caso clínico, es el problema de las soluciones, invenciones, que puede encontrar una mujer frente al padecer del estrago materno.

En la práctica clínica es frecuente encontrar sujetos femeninos devastados por la relación sin límites e imposible con la madre. La relación madre-hija se trata de un punto de fijación alrededor del cual las niñas deben atravesar la tormenta que implica la entrada a lo edípico, marcada por la intensidad afectiva y la hostilidad que promueve su alejamiento de la madre. Así, en diferentes casos de pacientes mujeres se hace posible escuchar un lazo íntimo entre su padecer y el vínculo con la madre. Es lo que Fliman (2008) llamó el campo de lo materno: un campo, registro y función en que la subjetivación va sucediendo.

Aparecen así, diferentes escenas desde la clínica, que tiene como marca la captura de la mujer en el deseo materno, y la ausencia de lugar en el Otro, oscilando entre la fusión y la separación bajo el signo del sin límites. El alejamiento de la madre está poblado de dificultades, puede ser abrupto, con la forma de un acting: una entrada en la escena a través de un embarazo en la adolescencia, con la forma de un síntoma: una infertilidad enigmática en la vida adulta, o con la forma de otro estrago, que puede llegar a ser la relación con un hombre. Como ya señalaba Freud (1931), los restos de la relación materna pueden retornar activos en distintos momentos de la vida de una mujer.

En este sentido, la clínica nos muestra que cada mujer se sitúa frente al ser hija, a la maternidad y a su elección de objeto desde una particularidad y singularidad en su ser mujer: por la aceptación o por el rechazo, desde el deber o desde el deseo, por su amor o por su odio, en una posición masculina o femenina; como en empuje al toda madre o por su no-toda como mujer. De esta manera, madre y mujer se atraviesan, dejando abierto un espacio cuyos límites se extienden hacia lo que queda todavía de enigmático sobre la sexualidad femenina.

En este espacio que queda abierto a lo singular, podemos hallar también las soluciones que cada mujer se inventa para entenderse con este campo de lo materno y de lo femenino, del Otro, que aparece como imposible de acoger en el estrago.

En caso particular que elicitaba las preguntas de esta tesis, destaca con claridad el padecimiento y la deslocalización de una mujer en relación a su madre, y al campo del Otro que para ella representa. El sufrimiento de la paciente abarca todas las áreas que son tocadas por el deseo materno, y no parece haber reflexión posible que escape a lo que su madre representa. Sin embargo, el proceso va avanzando hacia una forma de estabilización, un hallazgo que, en el campo de la elección de objeto y en el orden del quehacer laboral, permite una salida, aunque sea momentánea, para la paciente frente a su padecer.

Es así como surgen las preguntas: ¿Qué padecer es, en este caso, lo que se nos presenta en la relación madre-hija? ¿Podemos hablar de un padecer propiamente femenino? ¿Qué conceptos teóricos serían útiles entonces para pensar este padecer? ¿Cómo se articula particularmente aquí el goce de la madre al sufrimiento de la hija? Frente a la evidencia del caso ¿existe la posibilidad de una transmisión de lo femenino? O bien, ¿los hechos clínicos dan cuenta de una invención estabilizante particular frente al padecer asociado a lo materno? ¿Qué estatuto tienen entonces la elección de objeto y el desarrollo en el campo de lo laboral en esta mujer frente al padecer asociado a lo materno? ¿Qué otras soluciones parece encontrar la paciente para hacer frente a la figura arrollante de su madre? Y finalmente ¿qué preguntas deja abiertas este caso en relación al cierre del proceso?

Este cuestionamiento abre un campo interesante de abordar, el de una formación de compromiso, una solución femenina, lo que se hace más relevante aun considerando el malestar actual frente al no-todo.

Estas preguntas nos conducen a introducir brevemente algunos conceptos que permiten elaborar un cuestionamiento sobre lo femenino y el malestar particular de esta paciente,

conceptos que en un apartado posterior serán articulados al caso clínico que motiva este estudio.

La feminidad como campo de investigación ha sido tierra fértil para extensos debates y preguntas. Dentro de este campo, muchos autores (Freud, 1931; Lacan, 1971; Hopen, 2005; Guyomard, 2009; Lessana, 2000) han planteado que la ligazón madre-hija juega un papel crucial en el desarrollo de la niña. Esta ligazón, muchas veces se hace imposible precisamente por su intensidad, por la identidad de los cuerpos, y porque es la primera renuncia que la niña debe efectuar. Es un vínculo en el cual la madre es todopoderosa y, de no estar presente la función paterna que opera como terceridad habilitando el ingreso en la cultura, la madre puede tomar bajo su ley no sólo las palabras de su hija, sino también su cuerpo.

El primero en orientar una investigación en torno a este punto fue Sigmund Freud. En sus exploraciones sobre la feminidad, Freud se pregunta sobre lo particular del desarrollo de la sexualidad femenina en relación a la del varón.

En sus primeras exploraciones sobre el complejo de Edipo femenino, Freud (1905, 1923a) plantea que el Edipo en la niña se desarrollaba de la misma forma que en el niño, pero de manera invertida: amor hacia el padre y hostilidad hacia la madre. En esta etapa de su investigación, Freud (1905, 1923b, 1924) sostiene que la diferencia entre el Edipo en el hombre y en la mujer no se podría apreciar hasta la fase fálica, fase en la que se establece una importante asimetría entre ambos sexos, en función de la toma de noticia de la diferencia anatómica de los genitales y su importancia en la representación psíquica del propio cuerpo.

Sin embargo, avanzando en su investigación, Freud (1925) cambia de rumbo en relación a la forma que se desarrollaba el Edipo en la niña y señala una prematura y decisiva diferencia entre ambos procesos: tanto en el varón como en la niña el primer objeto de amor es la madre, objeto que la niña debe abandonar, mientras el niño lo retiene en la fase edípica. La niña debe renunciar al falo e investir su órgano sexual, y al mismo tiempo

declinar de la madre y colocar al padre en su lugar, cambiando así zona erógena y de objeto, mientras que el varón retiene ambos.

Con esto, Freud [1925, 1931, 1933 (1932)] otorga una particular significación a la madre en este aspecto, dado que ella se constituyó en el primer objeto erótico y amoroso del sujeto. A juicio de Freud, la madre se instituye como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor en ambos sexos.

Sin embargo, plantea Freud (1931), la fase pre edípica de la mujer tiene una significación aun mayor que la del varón, dándole una importancia a esta fase que antes no se le había conferido. Esta fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones relacionadas con la génesis de las neurosis, privando el carácter universal de que el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis.

Para Freud (1931; 1932), la transferencia de los lazos afectivos del objeto materno hacia el paterno constituyó el contenido esencial del desarrollo que condujo a la feminidad. Incluso, llega a sostener que “no se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase *ligazón-madre pre edípica*” (Freud, 1933, p. 111).

En el caso de la niña a esta significatividad de la madre derivada de que fue ella el primer objeto investido libidinalmente, se añade el padre como elección de objeto de amor y deseo luego del descubrimiento de la diferencia sexual anatómica. Es este descubrimiento lo que permite la hostilidad hacia la madre y la disolución, al menos parcial, de la ligazón-madre [Freud, 1931, 1933 (1932)].

La identificación de la niña con la madre se establece entonces en dos niveles para Freud (1931), uno anterior al complejo de Edipo, particularmente intenso, basado en el vínculo amoroso con la madre; y otro posterior, basado en el complejo mismo, que busca sustituir a la madre junto al padre.

De esta forma, al plantear la ligazón-madre pre edípica, los caminos de la constitución sexual de un hombre y una mujer comienzan a separarse en Freud, quién investiga la posibilidad de un camino específico de la niña, tanto en su entrada como en su salida del Edipo. La entrada estaría marcada por un reclamo sobre su propio cuerpo que la niña

dirige a la madre, mientras la salida, si existe una salida, estaría dada por la elección de objeto femenino y la cuestión del amor.

En sus textos de 1933-1932 plantea que el deseo de hijo es el deseo femenino por excelencia en la medida que es en este deseo donde se sigue trasluciendo el antiguo deseo masculino de poseer un pene. En Freud, esto equivale a señalar que será a través de ese deseo, la niña se ubica del lado de lo que el autor llamó la feminidad normal, logrando una salida del Edipo. Freud [1933 (1932)] señala que el deseo con que la niña va hacia el padre es sin duda originariamente el deseo del pene que la madre le ha denegado y ahora espera del padre. Sin embargo, la situación femenina sólo se establece cuando el deseo del pene se sustituye por el deseo del hijo, y entonces, siguiendo una antigua equivalencia simbólica, el hijo aparece en el lugar del pene.

Así, podría pensarse que para Freud, el problema de lo femenino queda todo absorbido en el tema de la función fálica (1923b). La mujer debe conseguirse un falo, eso que le falta en su anatomía, y es el hijo quién vendría a completar esa falta estructural. Sin embargo, al final de su obra Freud (en Bertin, 1982) plantea: “La gran pregunta sin respuesta a la cual yo mismo no he podido responder a pesar de mis treinta años de estudio del alma femenina es la siguiente: ¿Qué quiere la mujer?” (p.263). Con esto, a pesar de los acercamientos de Freud a la temática de la sexualidad femenina, la mujer queda puesta en el lugar de “continente negro”, una pregunta que quedará haciendo eco para el psicoanálisis.

Es así como a pesar de que la salida por el lado de la mujer que obtiene un falo al convertirse en madre parece una solución definitiva en Freud, es él mismo quien deja abiertas un sin fin de preguntas con respecto a la feminidad. Para Freud, la sexualidad femenina y el complejo de Edipo de la mujer forman parte de regiones oscuras. Al referirse a estos temas confiesa que “nuestras intelecciones de estos procesos de desarrollo que se cumplen en la niña son insatisfactorias, lagunosas y vagas” (1924, p. 186).

En los años 60 y 70, Lacan retoma la cuestión sobre la sexualidad femenina siguiendo, aparentemente, la tesis freudiana de la primacía fálica, pero estableciendo que no se trata del pene sino del falo, un significante que tiene su lugar en el discurso del Otro (Soler, 2006).

Sin embargo, al poco andar, señala Lacan que el psicoanálisis se ha ido orientando hacia el estudio de las frustraciones que provienen de la madre, estudio en el que el complejo de Edipo ha sido nuevamente elucidado y también deformado. Para Lacan (1958) faltan, dentro de este enfoque, aquellos aspectos mediadores que justificarán la relación de los defectos reales de la maternidad y las perturbaciones en el desarrollo del niño. Se pregunta Lacan “¿Es entonces a ese privilegio de significante al que apunta Freud al sugerir que tal vez no hay más que una libido y que está marcada con el signo masculino?” (p. 698).

Finalmente, Lacan (1973) se desmarca de Freud cuando plantea que, a pesar de estar de acuerdo que sólo hay una libido y ésta sería fálica, es también no-toda. Esto desemboca en las fórmulas de la sexuación, propuestas por Lacan (1972- 1973) en su seminario Aun. Es acá donde, buscando aquello propio de la mujer pero único de cada mujer, propone un más allá del falo, goce adicional, suplementario, sujeto al no-todo, propio de lo femenino.

Con esto, Lacan (1972- 1973) señala que no existe un significante que pueda representar a la totalidad de mujeres. A pesar de que la mujer pueda orientarse hacia la función fálica, siempre habrá un más allá que alude al “no toda” de la posición femenina.

Para Lacan, este campo no-todo será un campo ignorado, dejado de lado. Y es en este campo donde sitúa el estrago, para dar cuenta de la relación primera de una niña con su madre (Lessana, 2000).

La palabra estrago, *ravage*, en la obra de Lacan (1968, 1972, 1975-1976) aparece para referirse a dos relaciones de la mujer: la relación de la hija con lo materno y de la mujer con un hombre, dando cuenta de la imposibilidad de ambas, la primera por la identidad, la segunda por la diferencia.

A pesar de que no plantea el estrago como un concepto explicativo, sí se puede pesquisar una línea de desarrollo que permite pensar una clínica de lo femenino.

En cuanto a la primera referencia al estrago (Lacan, 1968, 1972), se puede señalar que en este proceso que es la sexuación femenina, muchas mujeres quedan atrapadas en el deseo materno, en el amor sin límites, la ligazón madre pre edípica señalada por Freud [1933(1932)]. Este atascamiento puede presentarse de distintos modos: bajo el signo del sometimiento, la queja o el constante conflicto y hostilidad. De un modo u otro, son hijas que siguen vinculadas, circulando en una relación estragada.

El estrago materno, sería entonces, una relación de exclusividad con un cuerpo espejado en el otro, pero a la vez, una relación estructurante de lo propiamente femenino. Este término reintroduce una especificidad en esta relación respecto destinos de la feminidad en las hijas, puntos de fijaciones, salidas, e impasses subjetivos, desde su carácter estructural.

Es así como se puede señalar que lo que encontramos en las referencias lacanianas al estrago, es una falta de lugar en el deseo del Otro; falta de lugar que puede ser estructurante en un momento del desarrollo, pero a la vez, deslocalizante si se sostiene.

Sin embargo, Lacan (1975-1976) señaló también otras formas de estrago. Se refiere a lo que puede llegar a ser un hombre para una mujer: la repetición del vínculo materno en la trama conyugal, como ya adelantaba Freud en 1931. Nos encontramos así en la clínica con el amor ligado al estrago, a la repetición y a la fijación, el amor alienante, simbólicamente débil, que aparta al Otro. Es el amor vivido como una obstrucción, asfixia y que puede fácilmente convertirse en odio, un odio basado en el temor al goce del Otro.

En este ámbito, el de la relación sexual imposible, Lacan (1975-1976), plantea que para todo hombre, una mujer es un síntoma, fórmula que, desde su mirada, no puede ser invertida. Para la mujer, el hombre es todo lo que se quiera, incluso un estrago, mas no un síntoma. Enigmática frase que vale la pena repensar desde la clínica.

Posterior a Lacan, el psicoanálisis ha realizado una amplia investigación en torno a lo femenino, bajo la pregunta por si existe lo transmisible de la feminidad.

Marie-Magdeleine Lessana (2010) plantea que el estrago en sí es la experiencia de lo intransmisible en la relación madre-hija, tanto en el registro simbólico como en lo imaginario. Es por esto que la posibilidad para una niña de no quedar atrapada ante lo estragante que resulta la relación con su madre pasa por una renuncia, tanto de la niña como de su madre, a lo pasional de esta relación. Esta renuncia sería un atravesamiento del estrago, un paso en lo real, y cuyos efectos quedarán inscritos en el cuerpo de ambas.

Por su parte, Dominique Guyomard (2009), en esta misma vertiente, concuerda en que no hay fundación conceptual de lo femenino para la mujer, no hay concepto al cual ella podría estar referida para saberse mujer. La mujer es un concepto que no se simboliza fálicamente. Lo que la autora enfatiza es que hay algo transmisible, pero no en la lógica del significante, no en la lógica fálica. Es ese saber propio de lo femenino, dimensión del vínculo narcisista y narcisante de la relación madre-hija, de cuya pérdida estragante sería efecto la posibilidad estructural de construirse como mujer para una mujer.

Es lo que Freud (1914, 1915) explora en sus planteamientos sobre el narcisismo, estableciendo que la sexualidad será algo que se implanta desde el Otro, y es la madre quién ejercerá esta función para el niño a través de su propio cuerpo y los cuidados primarios. El narcisismo materno es para Freud (1914) la condición de posibilidad del amor parental, será necesario que la madre vea algo propio de ella en su hijo para que pueda investirlo, cuidarlo, narcicisarlo.

¿Cómo consigue la hija despegarse entonces de su madre e intentar su profundo vínculo con ella? ¿Cómo se constituye un cuerpo femenino, separándose del cuerpo materno?

Guyomard (2009) plantea que lo que el registro de lo materno impone, tanto en su presencia como en su ausencia, no a la madre misma, ésta vectoriza la transmisión de otra cosa: una capacidad simbólica. Es lo que Lacan (1975-1976) en el seminario 23 "El sinthome" señala cuando plantea que la mujer porta por sí misma un proceso civilizador, que puede llegar a apaciguar lo salvaje de la pulsión, y a subjetivar un cuerpo.

Para que la madre se constituya como objeto, y para que la niña se construya un cuerpo que es capaz de gozar de ese objeto, será necesario un tiempo anterior, el tiempo que

Guyomard (2009) llama de lo efímero, y luego una pérdida: no del objeto, sino del placer del vínculo con ese objeto. Lo que se abandona no es la madre misma, es la modalidad narcisante del vínculo. Esto es lo que Guyomard llamará el *efecto-madre*<sup>1</sup> y que tiene como consecuencia el hallazgo de la pacificación pulsional, y la posibilidad de una salida ante el goce de la ligazón-madre.

Este tipo de transmisión no asegura una insignia ni un saber, más bien, abre un campo para el encuentro de lo propio. Como señala Hopen (2002) “El “estrago” del lado materno, del que habla Lacan, resulta de esta no transmisibilidad de la feminidad: le corresponde a cada mujer reinventarla” (p. 17). En este sentido, si hay algo transmisible en la feminidad, sería la posibilidad que una madre entrega a su hija del encuentro de una invención propia ante lo intransmisible de la feminidad.

Es entonces a partir de estos conceptos; ligazón madre pre edípica, estrago materno y la pregunta por lo transmisible y la invención propia en la feminidad, que se proponen repensar las interrogantes clínicas que plantea el caso que se expondrá a continuación.

---

<sup>1</sup> En francés, las expresiones efecto madre (l'effet-mère) y lo efímero (l'éphémère) son homófonos, lo que Guyomard usa para crear un equívoco que da cuenta de la necesidad de que este efecto madre sea efímero.

## II. PRESENTACIÓN DEL CASO CLÍNICO

Con el fin de resguardar la identidad de la paciente que motiva este estudio de caso, se alterarán algunos datos como nombres, edades y ciudades. La paciente será llamada Colomba de manera ficticia.

Para presentar al material, se expondrá el historial clínico de la paciente en un primer apartado, y luego se construirá el caso dividido en tres momentos que corresponden a tres momentos del proceso de trabajo que realizó Colomba, mirados desde dos ejes: el primero, la posición, el discurso de la paciente frente a los elementos que ella misma trajo recurrentemente a sesión: el deseo de la madre, el quehacer laboral y la relación con los hombres; y el segundo eje: la posición transferencial de la paciente a lo largo del proceso.

En una tercera parte de la presente tesis, se articularán estos tres momentos a los conceptos teóricos que fueron superficialmente revisados y que permiten pensar y elaborar la pregunta que guía el estudio de caso.

### 1. Historial Clínico

Colomba tiene 25 años y cursa el último año de una carrera relacionada con la salud. Consulta por iniciativa de su madre, Ana, pero ella está de acuerdo en que necesita hablar con alguien que la pueda ayudar con los obstáculos que está presentando en sus estudios. Colomba pide recomendación de una psicóloga a uno de los hijos de Alberto, la pareja de la madre, quién les da mi número de teléfono.

Es su madre, Ana, quién realiza el primer contacto telefónico para solicitar hora. A la primera entrevista vienen las dos juntas, y a pesar de que Ana no pasa a sesión, me advierte en la sala de espera *“Ella es difícil, ojalá puedas hacer algo con ella”*.

Colomba se muestra muy tímida, insegura, habla muy despacio y con una voz suave. Señala que su motivo de consulta es que *“siento cansancio de que mi timidez e inseguridad me pongan barreras tan grandes”*. Relata que a pesar de obtener las mejores notas de su generación, el año anterior reprobó su práctica clínica por su imposibilidad de

relacionarse con el equipo profesional del hospital: médicos y enfermeras. Le cuesta mucho hablar frente a ellos, poder realizar procedimientos básicos, incluso relacionarse con sus pares, ya que siente contantemente que está haciendo las cosas mal frente a la mirada vigilante del equipo, especialmente de su supervisora. La mirada de esta mujer se le aparece sin velos, irrumpe en su quehacer y la congela.

Por esto, prefiere no hablar, a través de su timidez y silencio, Colomba busca pasar desapercibida. Esto, le ha traído como consecuencia una mala evaluación en su práctica por parte de sus supervisoras, y finalmente, la reprobación de la misma. Por esta razón, Colomba ha estado pensando en abandonar sus estudios.

Relata que esa es la situación en la que más se angustia, pero que su silencio no sucede solamente en su práctica laboral. Cuenta que en general nunca dice nada, ni reclama cuando algo le parece injusto: ni frente a su madre, ni en su círculo social, ni en el trabajo. No habla porque *“siento que no tengo nada que ofrecer, que no va a cambiar nada si hablo”*.

En cuanto a su historia, Colomba advierte que siempre ha estado con psicólogos, principalmente por su timidez. Para ella, todos sus síntomas remiten a la madre, Ana, a la falta de ella: *“Mi abuela me crió hasta los 8 años. Mi mamá siempre me ha dejado de lado por sus parejas”*. De sus tratamientos anteriores, Colomba ha heredado complejas hipótesis llenas de sentido sobre cómo la afectado la falta de su madre, sobre como su timidez se debe a una baja autoestima, a la necesidad de ser aprobada y de *“un puerto seguro”* como ella llama a alguien que esté incondicionalmente para ella.

Colomba cuenta una historia de repetidos abandonos por parte de la madre, cambios de casa y ciudad dependiendo de la pareja del momento *“Ella siempre quiso tener una familia bien constituida, estaba dispuesta a dejarlo todo por eso, a mi también”*. Aparece con fuerza el lugar donde la madre pone su deseo: los hombres *“debería odiarla a ella, pero no puedo, todo es siempre contra ellos, los hombres”*. Colomba retrata a una madre que abandona a la hija por los hombres, hombres *“buenos para nada”*: inestables, inmaduros, poco productivos, un hombre castrado al que cuidar. Así, los hombres de la

madre se han convertido en una amenaza para Colomba. Sin embargo, de esto no quiere hablar todavía.

Durante las primeras sesiones, Colomba habla casi exclusivamente de su madre, de Ana *“ella tiene un carácter fuerte, no consuela, reta, ella no es débil como yo, para ella yo soy un cacho”*. Su malestar gira en torno a Ana, en no poder ser lo que ella quiere que sea. Colomba cuenta que Ana se queda embarazada de ella a los 19 años. Por esta razón, no estudia en la universidad y se dedica a trabajar, frustración que le hace notar toda su vida. Cuando Colomba tenía 2 años sus padres se separan y el padre desaparece, apareciendo sólo esporádicamente cuando Colomba lo busca.

De su padre sabe poco, y parece no interesarle: *“antes de irme fuera de Santiago fue la última vez que me buscó. Mi mamá dice que era quedado, sin espíritu emprendedor, después nos encontramos por las redes sociales, salimos un par de veces, me dijo que me iba a ayudar a pagar algunas cosas, pero la última vez que lo vi, al despedirse de mi me dio un beso en la boca. Yo me quedé helada, y después ya no lo vi más”*.

Después de la separación, Ana y Colomba se van a vivir con la madre de Ana. Relata haberse sentido siempre muy sola y desprotegida, siempre buscando alguien a quién apegarse. Cuenta que tenía una relación muy cercana con su nana y su abuela, pero que ambas relaciones eran interrumpidas cuando la madre estaba en la casa: *“mi mamá no las dejaba acercarse tanto porque decía que me mal criaban”*.

Cuando Colomba tenía cerca de 4 años, Ana la dejó por una tarde al cuidado de una amiga que tenía dos hijos de 6 y 8 años. Colomba señala: *“Ellos abusaron de mí, me tocaron. Le conté a mi mamá y no me creyó, me dijo que eran juegos infantiles, que no anduviera diciendo eso”*. Desde ese momento, Colomba señala haber crecido con la sensación de que su palabra no podía cambiar nada, de que hablar era una pérdida de tiempo, que ella no podía pedir nada.

Ana viajaba constantemente, se cambiaba de ciudad, emprendía diferentes negocios. Colomba cuenta como teniendo 6 o 7 años llamaba a amigas de su mamá para que la

cuidaran por la noche para que ella pudiera salir. *“Igual me iba a dejar con alguien, prefería elegir, prefería que no me dijera qué voy a hacer contigo”*

Hasta los 8 años, la abuela materna logra recubrir algo la falta de madre. Colomba señala que su abuela era una mujer dura, pero con ella no. *“Era chora, se las valía sola pero no pasaba a llevar a nadie. Me enseñaba cosas, estábamos siempre juntas. Tenía un humor negro terrible, se reía se todos y todo. Siempre le decía a mi mamá que tenía que preocuparse más de mi”*.

A los 9 años, Colomba es trasladada a una ciudad de la quinta región donde Ana está instalada con una nueva pareja, Fermín. La abuela se enferma y se deteriora para morir 3 años después, lo que fue un golpe muy duro para Colomba.

Es con la separación de la abuela que comienza el silencio de Colomba. Señala que los años que vivió junto a su madre y Fermín fueron los peores. *“Me dejaban siempre sola, con la nana, no tenía amigos en el colegio, echaba de menos a mi abuela”*. Esto implicaba fuertes retos de la madre *“me decía que tenía que ser más mujer, aprender a valérmelas sola, no me dejaba llorar”*.

De este período, Colomba recuerda dos episodios. El primero, relacionado con Fermín. Cuenta *“yo sentía que él me acosaba con la vista, me miraba con jumper, cuando salía en pijama del baño”*. Colomba le dice a su madre, pero ella no le cree. Es la nana de la casa la que la resguarda. *“Mi nana me esperaba cuando yo llegaba del colegio y afuera del baño y hacía guardia mientras yo me cambiaba de ropa. Yo me encerraba en mi pieza, y soñaba que él me violaba”*.

Colomba se sorprende de una madre capaz de rendirse a los pies del otro: *“ella era como la empleada de él, sumisa, una geisha... ahora no sé cuál era mi mamá, si esa o la que era conmigo”*. Colomba nombra a la madre que desea, que goza, como *“la empleada”*. Es el mismo significante que utiliza para referir a cómo la hace sentir su madre a ella: *“me trata a mí como a su empleada”*.

Los segundos episodios refieren a escenas escolares en que la madre era citada al colegio por los profesores debido al silencio absoluto de Colomba, y a que entregaba las pruebas

en blanco. *“Lo hacía con querer, sabía que les irritaba, a ella y a los profesores”*. Después de estas citas, la madre le dejaba de hablar por varios días, lo que la angustiaba mucho.

Cuando Colomba tenía 12 años, la madre termina su relación y se va fuera del país por un año. *“Me dejó con mi abuelo. Yo no lo conocía, y creo que tenía demencia senil”*. Señala que tiene pocos recuerdos de ese año, sólo recuerda sentir mucha vergüenza frente a sus compañeros de curso al momento de explicar que su madre vivía lejos, y que ella vivía con su abuelo enfermo.

A la vuelta de la madre, comienza un período que Colomba recuerda como feliz: *“Estábamos las dos solas, mi abuelo falleció apenas volvió mi mamá. Ahí fuimos como madre e hija, las dos solas y juntas, sin hombres, la una para la otra”*. Cuenta que en ese período comenzó a obtener mejores notas en el colegio, y además, logró hacerse un grupo de amigos, grupo que mantiene hasta hoy. La madre le insistía contantemente en la importancia de lo académico: *“Sácate buenas notas para que no tengas que depender de huevones toda tu vida, como yo”*.

Finalmente, cuando Colomba tenía 15 años, Ana se empareja de forma definitiva con un hombre casado, Alberto. *“Empezó a salir como siempre, me dejaba sola, decía que ya estaba grande para cuidarme, a veces con una nana, me decía que gracias a mi paciencia íbamos a ser felices finalmente”*.

Al poco tiempo la nueva pareja de la madre abandona a su familia se va a vivir con ellas. Actualmente Colomba vive con su madre y Alberto. De él señala: *“Es amoroso, como que trata de dárselas de papá, pero yo no lo pesco tanto. Es un mandado, hace todo lo que mi mamá quiere, él es el empleado, lo dejó todo por ella, por eso les ha resultado la cosa. Con él me siento mejor, él nunca tuvo una hija mujer, y como que ve eso en mi, pero igual a veces me ahoga tanta cercanía”*. Colomba es capaz de ubicarse ante Alberto, de ubicarse deseada en el lugar de hija, y no gozada, y aunque esto le da un cierto lugar de alivio, la satura.

Durante este mismo período, Colomba comienza su primera relación de pareja. A los 16 años conoce a Sergio a través de algunas amigas del colegio. Mantienen una relación

durante 4 años *“era mi puerto seguro, me ahogaba un poco, yo tenía que estar siempre ahí para él, igual al final él me dejó por otra, me mintió”*. Colomba se sentía muy cómoda con la madre de Sergio, y hasta el día de hoy siguen en contacto *“Ella me quería mucho y me lo hacía sentir, me hacía sentir que yo era buena para su hijo”*. Por su parte, Ana no aprobaba a Sergio: *“Lo encontraba muy niño, poca cosa para mí, decía que se colgaba de mí”*.

Sergio iba en la línea de las parejas de la madre *“tenía una familia como disfuncional, me necesitaba mucho, era como cabro chico”*. Señala que a pesar de la insistencia de él, nunca tuvieron relaciones sexuales, y a esto atribuye la ruptura *“me sentía cochina, como que el amor es una cosa, y la calentura otra, eso es sucio. Yo creo que se me quedó pegada la sensación de incomodidad, del abuso de esos niños, y además, siempre hay otras mujeres que son más sueltas”*. De esta ruptura lo que le duele más a Colomba es la sensación de ser reemplazable, de poder ser rápidamente cambiada por otra mujer.

Después de terminar con Sergio, Colomba no mantiene ninguna relación estable, lo que preocupa mucho a su madre. *“Me dice que soy torpe, que no sé comportarme con los hombres”*.

Al momento de consultar la relación entre Ana y Colomba es compleja. Colomba siente que vive bajo la sombra de la madre. Sus mandatos operan como ley, y le cuesta mucho separar su propio deseo del deseo materno. Por esto sufre, por sentir permanentemente que no es lo que Ana espera que sea y es esto lo que se deja entrever en las primeras entrevistas.

Después de haber revisado este breve historial, se presentará entonces la construcción del caso dividido en tres momentos del trabajo que Colomba realizó. Estos momentos dicen de la posición de la paciente con respecto al deseo de la madre, el efecto de esta posición en el padecer de Colomba, y cómo esto se va constatando en la transferencia.

## 2. Primer momento: Encandilada por la madre.

Como se revisó en el historial clínico presentado, la entrada de Colomba a consultar es una entrada por el lado del abandono. Ella se dirige a uno de los hijos “abandonados” de Alberto en busca de ayuda, y es él quién le da mi nombre.

El lugar de *abandonada* es un lugar que Colomba ocupa al momento de consultar y del cual se apropia durante una primera etapa del proceso. Es este el significante que se cuele en su discurso una y otra vez, y ante el que Colomba no puede parar de padecer. Los repetidos abandonos de la madre la confinan a un espacio en el que Colomba se paraliza, y se vuelve una niña pequeña, preguntándose y preguntándome una y otra vez lo mismo: ¿qué hay de malo en ella que la hace reemplazable, abandonable?

Es la falta de lugar en el deseo de la madre lo que la paraliza y a la vez la encandila. Para Colomba, la madre sólo la convoca en relación a conseguir el éxito profesional al que ella misma tuvo que renunciar para tenerla, y a encontrar un hombre que sea diferente a los hombres que ha elegido para ella. Ese es el deseo de la madre: un hombre y una carrera, imposible ya para ella y por lo tanto, mandato heredado para Colomba. Frente a los mandatos de la madre, Colomba es muda, como si estuviera poseída por este deseo.

En este momento del proceso, Colomba regularmente habla con una voz tenue y dulce, no levanta la mirada, y se presenta siempre muy bien vestida, cuidadosa y arreglada físicamente. Sin embargo, existen ocasiones donde parece habitar el cuerpo de una niña abandonada. Llega con los ojos brillantes, parece desplomarse sobre la silla de la consulta, se muestra desarreglada, despeinada, hasta confundida. Cuenta que ha tenido crisis de llanto, las que se explica de un modo mecánico “*como que me rebalsé de aguantar, entonces necesitaba vaciar*”. Es en estas ocasiones en las que me interpela directamente, me pide que le dé una respuesta que la guíe frente a este sin sentido que es la madre para ella.

Esta es su posición frente al goce del Otro, así es como viene cuando algo ha ocurrido y le ha constatado, una vez más, que no tiene lugar como sujeto en el deseo de la madre: Ana

ha olvidado una fecha importante, Ana la ha mirado con desprecio, Ana ha partido varios días fuera de la ciudad sin avisarle.

Toda este primer momento trata de la madre, Colomba parece inmóvil, deslumbrada ante ella, imposibilitada de poder apartar la mirada de esta madre todo poderosa, de poder preguntarse algo más que no sea sobre Ana, de pensar otra forma de ser mujer que no sea la que la madre ha elegido.

Señala Colomba: *“Lo que me pasa con mi mamá es que me siento en deuda”*. Ser hija de su madre es sentirse en *deuda* y ser un *estorbo*, dos significantes que han marcado su historia.

En cuanto a la deuda, Colomba señala que siempre ha tenido problemas con su madre por temas económicos. La madre le hace saber que su mesada es un despilfarro. Colomba señala *“lo que ella me tiene que dar es mi educación, todo lo demás, plata o tiempo, son cosas extras. También me paga la depilación y las pastillas anticonceptivas, fuera de eso, yo siento todo como deuda, le tengo que pagar por cada cosa que ha hecho”*.

Lo que la madre paga, es lo que quería para ella misma, los estudios, y los hombres. Eso, Colomba se lo debe y para pagar, el deseo materno consta de un sólo mandato: terminar la universidad y casarse bien; es justamente ahí, donde Colomba padece, pues, ¿qué opciones tiene si no? Asumir el mandato materno y hacer de éste su vocación, como lo hizo durante los primeros años de estudio, o bien, rechazarlo e inscribirse bajo el signo de la exclusión, y afirmar ese resto de libertad sólo en forma negativa. Colomba no puede moverse de donde se encuentra, cualquier paso sería en falso.

Este padecer podría pensarse como un síntoma, como una formación de compromiso que la mantiene alejada de la ley materna. Sin embargo, parece ser más bien una paralización, una forma de acting silencioso, un llamado al Otro que le permita poner en marcha algo que la saque del lugar de congelamiento que ocupa.

En este lugar de paralización y abandono, y como lo experimentó siendo una niña, su palabra no tiene lugar. Colomba calla en las instancias a las que el deseo de la madre apunta: en el hospital donde realiza su internado y en las instancias de socialización en las

que podría producirse un encuentro con un hombre. Eso es lo que ella llama *“timidez e inseguridad”*.

De esto habla Colomba: *“mientras no termine la universidad, todavía puedo exigir, es como mi moneda de intercambio. Mi mamá sólo quiere dos cosas: que me reciba y que me case bien”*. Este padecer, el no poder socializar, es una demanda imposible de significar, es lo que la deja en falta frente a la madre, pero que al mismo tiempo, la mantiene en deuda, a su lado.

En cuanto al *estorbo*, Colomba relata *“Mi mamá hizo todo por mí, aperró sola por mí, y como se quedó embarazada siendo una adolescente, no pudo estudiar por mí... hasta el día de hoy, yo fui un obstáculo para ella, como un estorbo”*. Este significante toma consistencia en su padecer. *“Yo nunca le dije que se quedara, trataba de hacerle las cosas fáciles, le facilitaba que se fuera”*.

En relación a la transferencia, cabe señalar que algo de la deuda a la madre aparece de particular en su relación conmigo. Durante las primeras sesiones, Colomba me otorga mucho. A pesar de que habla poco, y se incomoda con mi mirada, señala a ratos *“nunca había llegado tan lejos en una sesión”*, o bien, *“esto jamás lo había pensado, la otra psicóloga pensaba por mí”*.

Avanzando en el proceso apareció también el silencio de Colomba, su parálisis. Largas pausas en espera que yo preguntara. Esto termina por ceder cuando yo comienzo las sesiones preguntando por temas casuales, como sus panoramas de fin de semana y dejo entrever, muchas veces no intencionalmente, algunos aspectos personales míos como mi gusto por los perros, o que no tengo hijos.

Cerca de los cinco meses de iniciado el proceso, Colomba comienza una nueva práctica, esta vez en el servicio de Urgencia Infantil de un hospital. En esta práctica, logra insertarse socialmente en el trabajo: se maneja con las enfermeras jefas, establece lazos con las compañeras y puede actuar bajo la mirada de los médicos. Todo parece indicar que Colomba se ha descongelado, que *“las cosas van bien”*, como ella señala.

Sin embargo, comienza a cometer errores graves y básicos que ponen en peligro la vida de los pacientes de la Urgencia Infantil: el padecer, el acting, gira hacia el quehacer laboral. Mezcla remedios que son incompatibles, se olvida de revisar que no haya aire en los tubos que usa con los pacientes, olvida las dosis adecuadas de analgésicos, etc.

*“Todo es demasiado rápido, me estresa, yo necesito pensar todo dos veces, me siento un estorbo”*. Refiere a cómo no sabe tomar buenas decisiones dentro del hospital, quién sabe es la madre: ella sabría que hacer, en palabras de Colomba *“mi mamá es la ley”*. Esta madre ha sido para Colomba, una madre que falta, pero a la vez, una madre que sabe.

Por primera vez, Colomba comienza a problematizar fuera de la relación con su madre, y trae a sesión sus temores en el trabajo. Colomba señala que tiene miedo por estos errores, pero no se atreve a preguntar ni a decir nada al respecto, sólo dice *“es raro, justo ahora apunto de salir me pasa esto, me siento peligrosa”*. Este sentirse peligrosa es algo que Colomba parece disfrutar en cierta medida, un encuentro con un goce diferente al que padece actualmente.

Se la interroga sobre el entorno de su nueva pasada por el hospital, intentando situar qué es lo que la deslocaliza y aparece el relato sobre la Urgencia Infantil: lactantes y niños intervenidos en sus cuerpos, inconscientes, a merced de los cuidados de sus madres. Esto es lo que la deslocaliza subjetivamente. *“Me molestan las mamás, no me dejan hacer mi trabajo, me molestan más que los papás”*. Cuenta que cuando las madres son muy aprensivas, ella realiza los procesos de forma brusca, llegando incluso a piñizar a algunos niños. *“Si ellas no ayudan yo tampoco, los papás son más razonables, las mamás son un estorbo”*.

En su torpeza, a través de esos errores, Colomba busca deshacerse de las madres, deshaciéndose de sus hijos. Frente al peligro que implica los actings de Colomba, se le señala que ella tiene derecho a preguntar, acá y allá. Con esto, se busca sacar a Colomba de su quietud, de su mirada insistente sobre las madres, no dejarla que se quede con su pensamiento como un tesoro que la distancia del Otro, y que pueda hablar, pedir.

Ante esta intervención, Colomba decide no realizar procesos que impliquen un riesgo vital sin estar acompañada de alguien de confianza, a quién ella pueda preguntar. Después de un tiempo, los errores ceden y Colomba logra afirmarse algo más en su práctica.

Esta breve intervención, la respuesta a su llamado, la habilitación a preguntar, y por lo tanto a demandar, cierra un momento del proceso. Colomba aprueba su práctica y abre un campo de preguntas inexplorado para ella: las preguntas sobre lo que hay de ella que no es de la madre.

### 3. Segundo momento: Otra madre y otra mujer.

Alrededor de seis meses iniciado el proceso, Colomba comienza a preguntarse por su propia posición en relación a su madre *“no sé por qué no salgo de ahí, de su sombra”*. Desde esta pregunta se abre tímida la posibilidad de hacer una vida lejos de la madre, o bien, de llevar adelante un proyecto diferente al que la madre ha designado para ella.

Empieza entonces a fantasear con irse a vivir lejos: *“Me imagino caminando por las calles de una ciudad grande, así como bien independiente, haciendo sonar los tacos de mis zapatos... es muy tonto, como una película”*. Hace algunas averiguaciones sobre becas en el extranjero, pero señala que de todas formas le da temor partir sola, y que si aparece alguien que quiera acompañarla, postulará a la beca.

En esta fantasía se deja entrever la posibilidad, caricaturesca e infantil pero posibilidad al fin, de ser una mujer diferente a la madre, y a la vez, diferente a la mujer que ella misma ha sido frente a la madre. Por una parte, la mujer con la que Colomba comienza a fantasear no requiere de un hombre como Ana, es independiente, pero a la vez, no es abandonable, toma sus propias decisiones, se basta a ella misma. Esta fantasía la acompañará hasta el final de este proceso.

En este momento también, Colomba logra señalar algunas cosas que desprecia de su madre: su personalidad dominante, sus malos tratos con personas de diferente clase social, su condescendencia con personas *“de apellidos bien”*. Incluso logra decir *“a veces es ridícula, persiguiendo a gente que ni la mira”*. Algo del odio a la madre toma forma y lugar, ya no se trata de esa figura inalcanzable que enceguece por su brillo, es su madre, con todo lo que eso implica, pero barrada al fin.

Colomba consigue aprobar su práctica y entra a la última práctica de la carrera. Esta se desarrolla en un consultorio de atención primaria. En este lugar, Colomba se siente cómoda desde el comienzo. Señala que el equipo es muy unido y la han acogido muy bien. Sin embargo, lo que parece aliviarla es el tipo de pacientes que debe tratar: *“son todos como agradecidos, te dicen “señorita usted es un ángel”, no te piden nada, como que te*

*miran para arriba, lo que uno haga está bien*". De esta manera, es la gratitud de los pacientes lo que localiza a Colomba y le da un nuevo lugar.

En este lugar, Colomba pasa a ocupar el lugar de madre, una madre de hijos agradecidos, que la miran deslumbrados. Ya no es la niña abandonada, si no la madre que cuida, que protege, una madre que ella misma no ha tenido. Esta posición la alivia y le abre un campo de lo propio.

Comienza entonces una distancia con la madre. Colomba ya no se interesa tan pulsionalmente por Ana, por si está en casa o no, por si la miró o la dejó de mirar, por si le gustó tal o cual cosa que hizo. Empieza a salir más con sus amigos, y también con el grupo de gente del trabajo. Planea un viaje a otro país de Sudamérica, al que parte con una amiga una vez terminada la práctica en el consultorio.

Las sesiones se vuelven muy cortas, Colomba señala que no sabe bien de qué hablar. Parece que si no es sobre la madre, ella tuviese poco que decir. Le señalo que me hable de ella, que es muy poco lo que sé de ella. La paciente parece sorprendida con mi intervención, pero se ríe y comienza una conversación casual, de hechos cotidianos, lo que se mantendrá por algunos meses.

Cerca de los nueve meses de proceso, y después interrumpir las sesiones por dos semanas debido a un viaje mío, Colomba señala *"No sabes todo lo que ha pasado, parece que todo pasa cuando tú no estás, vas a tener que irte más seguido"*. Si los hechos suceden bajo mi presencia, ella me los debe, así como le debía todo a Ana. Como movimiento transferencial señalado en supervisión, le pido a Colomba que pague parte de las sesiones, sesiones que antes pagaba por completo su madre. Busco, en la relación, dejar en claro que si ella paga, no me debe nada.

Comienzan entonces una serie de actings donde alguna de las dos queda en deuda con la otra: no trae el dinero, cancela algunas sesiones que paga con anticipación, incluso olvida avisar sus ausencias. De esto no quiere saber nada, sólo señala que las cosas pasan cuando yo no estoy.

¿Y qué es eso que ha pasado? El acceso a los hombres. Colomba ha conocido un hombre que ha mostrado interés en ella, y al que ella accede: Jaime. El hombre que elige, es un hombre mediado por la madre, sin embargo, no es como los hombres de la madre.

Es Ana quien se lo presenta, y para ella, cumple los requisitos necesarios para ser su yerno: es un profesional, de una familia conocida. Colomba no duda y comienza una relación con Jaime. Con él logra avanzar sexualmente, sin llegar a la penetración *“él no me exige mucho, es más maduro, creo que no le interesa tanto el sexo”*.

Todo parece salir bien para Colomba. Se gradúa de su carrera con excelentes resultados en sus exámenes finales, bien evaluada en su última práctica, y al mismo tiempo, encuentra un hombre que la madre aprueba y con el que ella se siente tranquila.

Su quehacer laboral le otorgó un lugar que le permitió separarse algo de la madre, ocupar el lugar de Otra madre. Esta distancia, que se repite en lo real de la transferencia con mi viaje, trae como efecto un hombre, pero no cualquiera, un hombre mediado por el deseo materno.

#### **4. Tercer momento: Un hombre, un quehacer.**

La relación con Jaime sacramento esta distancia que se ha creado Colomba entre ella y la madre. Colomba pasa mucho tiempo junto a Jaime, lo que le permite crear un espacio donde la madre no es una presencia constante.

A la vez, junto con Jaime aparece otra madre a quién odiar: la suegra. Jaime es huérfano de padre, lo que lo ha llevado a hacerse cargo de una familia compuesta por su abuela, su madre, su hermana y sobrina. Colomba entra en una rivalidad imaginaria directa con todas estas mujeres, pero esto parece amainar su propia relación a Ana.

Habla de estas mujeres con mucha rabia, pero es una rabia que disfruta, frente a la que no calla. Es directamente agresiva con ellas, no hace la guerra desde el silencio: les contesta irónicamente, no pierde la oportunidad de decir algo que pueda herirlas, y les hace notar que Jaime la prefiere a ella: *“es una vieja egoísta, quiere a Jaime sólo para ella, no ve que es joven, que podría tener una vida, yo le digo que lo tienen como junior”*. Esta actitud implica algunos problemas en la pareja, pero Colomba parece revitalizarse desde el odio, localizarse en una posición mucho más aliviadora para ella.

Finalmente, Colomba anuncia que apenas pueda solventarlo económicamente, se va a ir a vivir sola. Señala *“necesito este espacio, igual le voy a pedir a mi mamá que me ayude al principio, pero ya no quiero vivir más con ella y Alberto, ahí sobro, y está bien, si ya estoy grande”*.

La elección de este hombre parece ser una solución de compromiso, por un lado, la madre lo aprueba, abriendo paso a Colomba para encontrar un lugar en su deseo, al mismo tiempo, la pasión de Colomba por su madre se convierte en un odio fulminante por su suegra, abriendo una distancia aliviadora entre madre e hija. Además, Jaime deja entre paréntesis la posibilidad del encuentro sexual, de que otro goce de ella, lo que durante un tiempo era imposible de pensar para Colomba. Como señala la paciente *“desde que estoy con Jaime siento que no pierdo nada”*.

Colomba también anuncia que le han llegado algunas ofertas de trabajo, pero que se dará el tiempo de buscar algo donde se sienta realmente cómoda y que le permita

independencia económica con respecto a la madre. Señala *“me voy a buscar un buen lugar, con un buen equipo donde pueda seguir aprendiendo. Ya no tengo miedo, al revés, como que me reafirma en mi seguridad el ser enfermera, y quizás va a ser más reafirmante el ser enfermera de una clínica buena”*. La paciente parece encontrar en su quehacer un saber sobre ella misma, una respuesta imaginaria ante la pregunta por su ser mujer.

Se interrumpen las sesiones por vacaciones de verano, señalando que se retomará el trabajo en Marzo. Sin embargo, la realidad aparece en el caso para tocar lo real, y determinar otra cosa. A principios de abril, mi sobrina se accidenta y yo me hago parte de sus cuidados clínicos, acompañándola una tarde en la clínica. Por azar, Colomba es la parte del equipo a cargo de la unidad donde está mi sobrina. Al verme, se sorprende (y yo también) y señala que se había percatado del alcance de apellidos, pregunta si era mi hija. Le digo que no, que es mi sobrina. Me dice que estaba pensando en volver a sesiones, pero acababa de entrar a este trabajo, que cuando le pagaran el primer sueldo me iba a llamar, lo que yo acepto. Luego de este encuentro, Colomba no volvió a llamar, decisión que yo respeto.

Parece ser que en su quehacer laboral, Colomba ha logrado elaborar algo, hacer un tratamiento del Otro materno encontrando un lugar diferente al que su madre designaba para ella. Al mismo tiempo, algo de la misma madre es tocado por la elección de un hombre, elección en que la madre participa directamente.

En este nuevo lugar que Colomba ocupa no hay espacio para madres todas, ni para Ana, ni para mí. Y Colomba se deshace de todas nosotras.

### III. ARTICULACIÓN TEÓRICO- CLÍNICA

En el presente apartado se intentará dar cuenta de la articulación teórico-clínica de los conceptos que fueron brevemente expuestos a modo de introducción a la materialidad del caso.

De esta forma se intentará ahondar en las siguientes preguntas clínicas: ¿Qué padecer es, en este caso, lo que se nos presenta en la relación madre-hija? ¿Podemos hablar de un padecer propiamente femenino? ¿Qué conceptos teóricos serían útiles entonces para pensar este padecer? ¿Cómo se articula particularmente aquí el goce de la madre al sufrimiento de la hija?

Estas preguntas surgen del primer momento del trabajo con Colomba, en el que destaca con facilidad es la posición inicial de la paciente frente a la madre. Como fue descrito, Colomba parece muda y atrapada en el deseo materno, entra al proceso en posición de abandonada, lo que se refleja en su discurso, en su cuerpo, en su ser mujer. Todo remite a Ana, lo que se repite también en la transferencia.

Sin embargo, en el segundo y tercer momento del proceso, algo parece ajustarse, aliviarse en la relación de Colomba a su madre. Colomba es capaz de barrar a la madre como Otro completo y eso abre un campo nuevo de posibilidades para ella. Comienza entonces una exploración a modo de “ensayo” en la transferencia. Colomba prueba este alejamiento del Otro en el trabajo clínico, y a la vez, se asoma una interrogación propia por su ser mujer, exploración que se da, no sin angustia, en el campo de lo laboral y que permite un encuentro en el campo de la elección de objeto.

En relación a este fenómeno clínico, Cecilia Hopen (2002) plantea: “A partir de la pregunta de estas jornadas, “¿Qué aprende una hija con su madre en el proceso de alienación-separación?” tomo partido por preguntarme si una madre puede enseñar algo a su hija. Por el hecho de que es la madre la que recibe a la hija, la que la precede y que en principio es ya un sujeto o ha tenido la posibilidad de convertirse en sujeto, tiene responsabilidad en tanto tal” (p. 14).

Es así como aparecen más preguntas en torno al caso: ¿existe la posibilidad de transmisión de lo femenino, o bien la realidad posible es el encuentro de una forma de nudo particular en cada mujer frente a su propio padecer?

Parece pertinente entonces revisar algunas nociones teóricas sobre el proceso en que madre e hija se unen y separan, y los aprendizajes y estragos que eventualmente podrían emerger de este proceso, que siempre estará cruzado por la pregunta sobre la feminidad, ya que, como continua Hopen (2002) "Puesto que el hecho de ser madre es la única posición que asegura a una mujer un estatuto simbólico, sabemos que el ejercicio abusivo de este poder permite a una madre realizar la economía de su posición de sujeto" (p.14).

Finalmente, la salida de Colomba del proceso coincide con un hecho de la realidad. Colomba y yo nos encontramos en la clínica en la que ella trabajaba. Ella en sus labores, y yo en el lugar de madre, cuidando a una sobrina que había tenido un accidente. Después de este encuentro, Colomba no volvió a llamar, y decide no seguir con el proceso. Caben entonces las preguntas ¿Qué sucede en este encuentro particular? ¿Cómo pensar la incidencia de la realidad en la transferencia y en el rumbo del proceso de trabajo?

A pesar de que son muchas las preguntas que continúan abiertas hasta hoy en relación al caso a presentar, también han sido variados los aprendizajes que han surgido. Es por esto que se intentará realizar la reflexión planteada sin afán de establecer un universal para todas las mujeres, sino más bien, un ejercicio particular en torno a un caso particular.

## **1. ¿Un caso de regresión? Freud y la ligazón-madre pre edípica**

Las exploraciones freudianas en relación a esta temática, se abordan desde sus investigaciones sobre el Complejo de Edipo. Al comienzo de sus indagaciones Freud (1905, 1923a) plantea que el Edipo en la niña se desarrollaba de la misma manera que en el niño, pero de forma invertida: amor hacia el padre y hostilidad hacia la madre. En esta etapa de su exploración, Freud (1905, 1923b, 1924) sostiene que la diferencia entre el Edipo en el hombre y en la mujer no se podría apreciar hasta la fase fálica, fase en la que se establece una importante asimetría entre ambos sexos, en función de la toma de noticia de la diferencia anatómica de los genitales y su importancia en la representación psíquica del propio cuerpo.

Sin embargo, en “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” (1925), Freud cambia de rumbo en relación a la forma que se desarrollaba el Edipo en la niña y señala una prematura y decisiva diferencia entre ambos procesos: tanto en el varón como en la niña el primer objeto de amor es la madre, objeto que la niña debe abandonar, mientras el niño lo retiene en la fase edípica. La niña debe renunciar al falo e investir su órgano sexual, y al mismo tiempo declinar de la madre y colocar al padre en su lugar, cambiando así zona erógena y de objeto, mientras que el varón retiene ambos.

De esta forma, al plantear la ligazón-madre pre edípica, los caminos de la constitución sexual de un hombre y una mujer comienzan a separarse en Freud, quién investiga la posibilidad de un camino específico de la niña, tanto en su entrada como en su salida del Edipo. La entrada estaría marcada por un reclamo sobre su propio cuerpo que la niña dirige a la madre, mientras la salida, si existe una salida, estaría dada por la elección de objeto femenino y la cuestión del amor.

En Freud, son la ligazón-madre y la diferencia anatómica los que marcarán los virajes de la sexualidad femenina. Con estos descubrimientos, Freud abrirá un campo de investigación propio de lo femenino.

En su conferencia sobre la feminidad [1933 (1932)], Freud vuelve a destacar en la mujer una fase de ligazón con la madre pre edípica de un importante contenido, tanto por su duración como por la posibilidad de dejar como secuela fijaciones y predisposiciones: "Sabíamos, desde luego, que había existido un estadio previo de ligazón madre, pero no sabíamos que pudiera poseer un contenido tan rico, durar tanto tiempo, dejar como secuela tantas ocasiones para fijaciones y predisposiciones (...) No se puede comprender a la mujer si no se pondera esta fase de la ligazón madre pre edípica" (p. 111).

El autor (1931; 1932) señala que esa ligazón pre edípica de la niña con la madre, es decir de la libido narcisista con el objeto, tiene dos cualidades: por un lado, le atribuye carácter de fantasía al objeto madre, y por otro plantea una total exclusión del objeto padre. Frente a esta ausencia del padre, Freud sólo alude al padre como instancia prohibitiva, cuya intervención separaría a la niña de la madre, orientando su búsqueda del pene-falo hacia la figura paterna que lo detenta.

Con esto, Freud [1925, 1931, 1933 (1932)] otorga una particular significación a la madre en este aspecto, dado que ella se constituyó en el primer objeto erótico y amoroso del sujeto. A juicio de Freud, la madre se instituye como arquetipo de todos los vínculos posteriores.

De esa manera, la fase pre edípica de la mujer tiene una significación que antes no se le había conferido. Esta fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones relacionadas con la génesis de las neurosis, privando del carácter universal por el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Freud (1931) plantea que muchas mujeres eligen a un hombre de acuerdo con el modelo del padre; pero en la relación repiten con ese hombre su relación con la madre.

La identificación de la niña con la madre se establece entonces en dos niveles, uno anterior al complejo de Edipo, particularmente intenso, basado en el vínculo amoroso con la madre; y otro posterior, basado en el complejo mismo, que busca sustituir a la madre junto al padre (Freud, 1931).

Sin embargo, la salida materna está llena de inconvenientes, saltos y rupturas que se repiten y que dificultan la evolución psíquica de la niña. En Freud (1931) este amor pre edípico que desea la exclusividad, es también, un amor sin meta, incapaz de obtener plena satisfacción, de manera que está condenado a desembocar en una decepción y a dejar el lugar a una posición hostil de la niña hacia la madre, actitud que permitirá la entrada al complejo de Edipo, y la posibilidad de un cambio de meta y objeto en la niña.

Mientras en el niño, (Freud, 1925) el descubrimiento de los genitales femeninos y la angustia de castración que este genera es introductoria al Complejo de Edipo, la entrada de la niña en el Edipo está determinada por el descubrimiento de la inferioridad del clítoris en relación al pene y la ausencia de ese órgano; inferioridad de la que culpa a la madre. En ese momento comienza el dominio de la envidia del pene, es decir, la niña entra en el Edipo guiada por el complejo de castración.

La fase de exclusiva vinculación materna fortalece en Freud (1923b, 1931; 1932) la hipótesis de que las diferencias entre los dos sexos retroceden en toda línea ante las concordancias en la etapa del predominio fálico. En la mujer se trata entonces de una castración ya efectuada y sobre todo irreparable; el efecto concomitante no es, por tanto, angustia por la amenaza sino hostilidad, muchas veces hacia la madre, por el sentimiento de inferioridad. Para la niña el sentimiento de odio hacia la madre por no haberla hecho completa, posibilita una desvinculación y es una puerta de entrada al Complejo de Edipo y al encuentro con el objeto padre, y luego, con el objeto hijo por vía de la sustitución.

De las nociones freudianas sobre la ligazón madre pre edípica parece interesante destacar algunos puntos que se hacen vivos en el caso de Colomba.

Lo primero es el énfasis que Freud realiza en el hecho de que, a pesar de que la ligazón madre pre edípica cae a fundamento por el descubrimiento de la castración, esto implica un cambio de objeto, pero no un cambio en la modalidad del vínculo, la modalidad sigue operando. El amor que Colomba reclama a la madre, es el mismo amor narcisante que Freud describe como sostenedor de esta ligazón primaria, es un amor donde cualquier

signo de falta en Ana desata en Colomba una hostilidad inmovilizadora, hostilidad que Colomba calla, un silencio como un llamado.

El autor comprende esto hecho como un caso de regresión. La relación materna fue la más primitiva; sobre ella se estructurará la relación con el padre y posteriormente con la pareja. En estos vínculos, lo primitivo vuelve a emerger de la represión. Para Freud (1931; 1932), la transferencia de los lazos afectivos del objeto materno hacia el paterno constituirá el contenido esencial del desarrollo que conduce a la feminidad. La niña deberá resignar a su madre como objeto de amor, dejando “caer a fundamento” la fase de ligazón-madre para ingresar en el Edipo.

Así, indica una serie de manifestaciones de la niña de acuerdo a las distintas fases del recorrido libidinal que entran en la dialéctica de la ligazón con el objeto-madre. Esas fantasías aluden a una atmósfera de satisfacción libidinal, que aún no está afectada por la castración (Freud, 1931).

Y es ese el segundo punto a destacar de las concepciones freudianas en relación al caso: esa atmósfera de satisfacción libidinal se verifica en el discurso inicial de Colomba, lo que la paciente señala con respecto a la madre parece no afectado por la castración, una completitud del Otro materno que da cuenta de un vínculo pre edípico que todavía opera, pero que además, parece no articulado fálicamente, inmune a la castración que Freud plantea debería operar en el cuerpo de la madre para la entrada de la niña en el Edipo.

¿De qué se trata esta atmósfera de satisfacción libidinal pre edípica? Desde Freud (1905, 1914), la madre es el primer objeto de amor tanto para el niño como para la niña. Esto, ya que la madre, a través de sus cuidados primarios, tiene la función de libidinizar el cuerpo del niño, dándole forma al cuerpo infantil y marcando, a través de sus cuidados, las zonas de investidura de este cuerpo. Las primeras investiduras de objeto se producen entonces por apuntalamiento en la satisfacción de las necesidades vitales (Freud, 1905) y es la madre quién, generalmente, cumplirá el rol de otorgar estos cuidados.

De esta manera, Freud plantea que este estado de narcisismo primario, en la que el niño catectiza su propio cuerpo a través del cuerpo de la madre, cumple una función trascendental en el desarrollo del niño: la formación del yo, y finalmente, la constitución del objeto. Señala Freud (1914): “no está presente desde el comienzo del individuo una unidad comparable al yo; el yo tiene que ser desarrollado. Ahora bien, las pulsiones autoeróticas son iniciales, primordiales; por tanto, algo tiene que agregarse al autoerotismo, una nueva acción psíquica, para que el narcisismo se constituya (p. 74).

Esta “nueva acción psíquica” es una acción de la madre, lo que equivale a decir que en el niño la sexualidad y el desarrollo del yo son instaurados desde el Otro, otro completo, pulsional, no castrado que debe ser abandonado a lo largo del desarrollo. Con esto, podríamos señalar que la diferencia entre el autoerotismo y el narcisismo está dada por la presencia del Otro, un Otro completo que debe ser abandonado para aparezca el objeto.

Como se señaló, este abandono se realizará en el niño por el lado de la amenaza de castración. Sin embargo, en la niña subsiste esta alienación narcicística en el Otro materno a través de la ligazón-madre pre edípica, ligazón que abandonará más adelante por vía de la hostilidad hacia la madre.

La caída a fundamento de esta ligazón no impedirá sin embargo que ésta siga operando. En este sentido Fliman (2008) plantea que el vínculo originario con la madre determinará los vínculos futuros de la niña: ella amará de la forma en que ha sido amada, tomará su objeto de la forma en que ha sido tomada como objeto. Es en esta forma de amor en que Colomba aparece atrapada, y guarda por lo tanto, las características de un narcisismo primario: en este amor, el cuerpo de la madre parece libidinizar el cuerpo de Colomba, sin castración, sin falta.

## 2. Colomba no-toda

El resultado del complejo de Edipo, y por lo tanto la salida a la feminidad que Freud propone traerían como resultado la instalación de la función fálica, la función de sustitución: del deseo de pene por el deseo de hijo, diría Freud, o del deseo de la madre por el nombre del padre, en conceptos de Lacan (1957-1958), situando una localización simbólica posible para la mujer.

Sin embargo, el caso de Colomba muestra evidencia de un padecer anterior, desarticulado de esta función fálica, donde el vínculo que opera pertenece a un campo más primario. Desde Freud, podría entenderse como un caso de regresión, de una vuelta a los modos originarios de ligazón; regresión comandada por una fuertísima ligazón madre pre edípica. Bastaría entonces algo o alguien que ordenara fálicamente a Colomba para que el padecer cediera.

Sin embargo, otra comprensión de lo femenino será la que señala Lacan (1972- 1973), quién se desmarca de Freud cuando plantea que, a pesar de estar de acuerdo que sólo hay una libido y ésta sería fálica, es también no-toda. Lacan logra separar a la madre, orientada hacia lo fálico y para la cual el hijo opera como obturante de la falta; de la mujer, quien detenta un goce más allá de lo fálico.

Estos elementos que aporta el autor francés nos llevarían a una comprensión del caso diferente, en la que, sin descartar la operación de la ligazón-madre pre edípica y el problema de la investidura por parte del Otro materno en el narcicismo primario, el caso presentado no sería un caso de regresión, como lo plantea Freud; si no que más bien nos encontraríamos con el goce no-todo fálico de una mujer, quizás, el mismo goce que Freud visualizó en esta ligazón madre pre edípica.

¿Qué hechos clínicos evidencian ese goce, ese padecer no-todo? Colomba da cuenta de un sufrimiento constante, un desde siempre en torno a la madre: Ana siempre ha sido así, y por lo tanto, ella siempre ha sufrido por su madre. Ana nunca le ha dado seguridad, y por

eso, ella siempre se ha angustiado. Es un “desde siempre” que da cuenta de una enorme dificultad en Colomba para ubicar el punto de quiebre en relación a su padecer.

A pesar de esto, y en base a su relato, se puede inferir que la angustia que la trae a consultar comienza en la práctica de su carrera. Mientras se mantuvo como una profesional académica, y además obteniendo buenos resultados, su padecer era nombrado como timidez e inseguridad; sin embargo la angustia propiamente tal aparece cuando Colomba debe desempeñarse interviniendo el cuerpo de sus pacientes bajo la mirada de la supervisora, mirada ante la cual Colomba no tiene como protegerse, se encuentra desnuda, es una mirada que la atraviesa, del orden de lo pulsional.

Esa mirada podría ser, para Colomba, una reedición de la mirada de la madre: una madre insatisfecha e imposible de satisfacer. En este momento del proceso, Colomba atribuye todo su padecer, su dolor, sus imposibilidades a su madre, fuera de los límites de su sombra no hay nada que decir, la madre es Otro completo, omnipresente y su goce, goce desarticulado fálicamente, infiere directamente en el padecer de Colomba.

Con respecto a la mirada, Hopen (2000) señala: “De todos los objetos en los que el sujeto puede reconocer la dependencia en que él está en el registro del deseo, la mirada se especifica como lo que no se puede asir, y es por esto que ella es, más que todo otro objeto, desconocida. La mirada se confunde con ese Real a través del cual estamos inmersos en el mundo, ella no está ni dentro ni fuera, estamos en una goce que no podemos agarrar” (p. 52).

En esta mirada, aparece para Colomba algo del goce deslocalizado de la madre que deja en evidencia su dependencia de este Otro materno, lo que la angustia “porque la angustia ¿es sinónimo de qué? De que en el Otro falta aquello que soporta el sexo” (Hopen, 2000, p. 52), es decir, la castración.

Frente a este Otro completo y a su mirada angustiante, Colomba calla. Al respecto, señala Hopen (1993) “Como ha sido justamente señalado, las niñas hablan más precozmente que los varones, felizmente. Sabemos que basta que el individuo no comience a hablar, hasta

que no entre en el mundo simbólico, esta relación imaginaria no tiene para él otra salida que la de identificarse con la destrucción del Otro, en la medida que se siente poseído por el deseo de ese Otro” (p. 19).

Algo del campo materno se reedita para Colomba en su práctica laboral, lo que para ella se hace insostenible. Podríamos entonces pensar la entrada de Colomba en el proceso como un pedido de auxilio silencioso frente a este Otro completo, no barrado, que goza a través de una mirada vigilante, ante el cual, ella no puede hacer nada más que padecer.

¿Qué estatuto tiene este padecer, este goce que se evidencia en Colomba? En su seminario Aun (Lacan, 1972-1973) propone las fórmulas de la sexuación y la posición femenina y masculina. Estas fórmulas dan cuenta de un modo de referencia de todo ser hablante ante la función fálica, lo que no dependería estrictamente de lo real del cuerpo. Señala acá entonces que mientras la posición masculina se rige en su totalidad hacia la función fálica, “la mujer tiene distintos modos de abordar ese falo, y allí reside todo el asunto. El ser no-toda en la función fálica no quiere decir que no lo esté del todo. No es verdad que no esté del todo. Está de lleno allí. Pero hay algo más allá.” (Lacan, 1972-1973, p. 90). Con esto, Lacan plantea un más allá del falo para las mujeres, goce adicional, suplementario, sujeto al no-todo.

Para el inconsciente, el goce sexual se localiza alrededor del falo, como señaló Freud (1924). Pero una diferencia se instaura. Un hombre centra todo el goce sexual alrededor del falo. Su goce entonces es "uno": “el goce fálico es el obstáculo por el cual el hombre no llega, diría yo, a gozar del cuerpo de la mujer, precisamente porque de lo que goza, es del goce del órgano” (p.15), dice Lacan (1972-1973) en el seminario Aún. Un hombre no podrá gozar de ese cuerpo como todo, gozará de una parte de él, la mujer será para él objeto causa de su deseo. Esta localización del goce obstruye al hombre la apertura a lo real, aunque no la hace imposible.

El goce de una mujer, por el contrario, es doble, dividido, "no todo" fálico. Una parte se localiza alrededor del falo, según las modalidades específicas del complejo de castración femenino, mientras que la otra parte permanece desconcentrada, no representable. Esta

parte "otra" del goce es mas allá de la significación fálica pero no sin pasaje por ella, por lo tanto, no compete acá entender un principio único que se podría llamar "feminidad" (Lacan, 1972-1973).

Para Lacan (en Barros, 2011) el narcisismo como carga libidinal del cuerpo, no siempre se encuentra regido por la evocación de la forma fálica, pudiendo asumir diferentes modalidades. La idea de un más allá del falo en la feminidad nos llevaría a la noción de un narcisismo diferente, y aun goce que la hace no-toda, pues no está necesariamente ligado a la clausura de la forma fálica unificante que hace del yo un todo cerrado.

Para Lacan, este campo no-todo será un campo ignorado, dejado de lado. Y es en este campo donde sitúa el estrago, para dar cuenta de la relación primera de una niña con su madre (Lessana, 2000).

El caso presentado trae a relucir un padecer no articulado fálicamente, o bien, sitúa las preguntas sobre el caso en un campo que va más allá de la referencia fálica. ¿Podemos entender este padecer, el de Colomba, como un padecer propiamente femenino? Para ahondar en la pregunta planteada, se revisará brevemente esta noción de estrago, *ravage*<sup>2</sup>, que utilizó Lacan (1972) para describir la naturaleza de la relación entre madre e hija, y como señala Lessana, está situado en el campo del no-todo.

---

2 Término original en francés utilizado por Lacan en su seminario 17 "El reverso del psicoanálisis" (1969-1970) y que ha sido traducido como *estrago* en español.

### 3. El estrago materno

El psicoanalista francés señala que amor de un padre y la articulación fálica serían secundarias al lado de la dolorosa relación de una hija con una madre: de una mujer “como mujer” (Lacan, 1973). Nuevamente nos enfrentamos a lo originario, lo pre edípico descrito por Freud. Sin embargo, vale la pregunta ¿A qué se refiere Lacan cuando habla de “la mujer como mujer”?

Lessana (2000) plantea que la niña se interesa por aquello que le espera como mujer, su destino femenino, respuesta que buscará en otra mujer, la mayoría de las veces, su madre. Ya sea por la filiación, ser madre, por la alianza, ser esposa, o por el sexo, ser amante; el discurso sobre la feminidad recae sobre el cuerpo de la madre, un cuerpo que fascina y que no responde nada.

Este sin respuesta se verifica en el caso de Colomba, en esta constante y perpetua preocupación por la madre, por su cuerpo, por sus hombres, por su goce (el goce que nombra como el de *la empleada*) por su mirada, una preocupación que la fascina pero al mismo tiempo la paraliza.

Esta paralización se verifica no sólo donde la madre existe, sino que también, donde se encuentre bajo el campo de lo materno: frente a su qué hacer laboral, cuando éste se vincula a niños que son intervenidos en sus cuerpos por sus madres. Así, se podría aventurar que es por esto que los errores que Colomba comete en su práctica laboral no son entendidos como un síntoma, ya que no detentan una sustitución de ningún orden, es más bien, un llamado al Otro, un acting como forma de ruego por alguna respuesta que aloje su subjetividad.

En relación al fenómeno clínico que el caso presenta, podría hacerse una lectura desde los planteamientos lacanianos sobre el estrago materno, pero haciendo las salvedades necesarias. El estrago no es un síntoma que resulta de un maternaje pobre: “no debe considerarse como una desdicha (...), sino como una catástrofe que existe en el corazón mismo de la relación entre una madre y su hija” (Chatel, 1993, p. 48). Es la relación misma

la que es estragante, y no se debe entender el estrago como un efecto de la relación, ya que la relación madre-hija sería de por sí estragante.

En esta misma línea, Lessana (2000) plantea que el estrago entre madre e hija no es un duelo, es la experiencia que consiste en dar cuerpo al odio torturante, presente en el amor exclusivo entre madre e hija. El estrago se juega entonces entre dos mujeres tocadas por la imagen de esplendor de un cuerpo femenino deseado por un hombre, un padecer femenino, tocado por lo masculino. Esto revela la imposibilidad de la armonía de su amor. Por esto también se podría pensar lo insoportable que se hacía para Colomba la presencia de un hombre que hiciera gozar a la madre, ya que su amor, el amor que ella reclama, como el amor pre edípico, exige exclusividad.

También es importante señalar que a esta noción de estrago, Lacan sólo alude tres veces en su obra, no lo desarrolla como un concepto, sin embargo plantea que el estrago entre madre e hija tendrá un lugar protagónico en el desarrollo femenino, quedando el Complejo de Edipo y su relación al padre en un orden secundario (Lacan, 1972). Así, las dos primeras alusiones al estrago dicen de la relación de una hija y una madre, mientras la tercera se refiere a lo que podría llegar a ser un hombre para una mujer.

### **3. 1 El estrago y el deseo de Ana.**

La primera alusión la realiza en 1968, en su seminario 17, "El reverso del psicoanálisis". Señala Lacan "El deseo de la madre no es algo que pueda soportarse tal cual, que pueda resultarles indiferente. Siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre" (p. 118). De esta referencia en principio se puede decir, que el estrago está en relación con el deseo de la madre. Este deseo es estructuralmente devastador tanto para la niña como para el niño. El deseo de la madre siempre hace estragos, sin embargo la relación al falo es lo que mediatiza, lo que impide que la boca se cierre. Entonces un límite posible al estrago que causa el deseo de la madre, sería el deseo del padre.

Para Lacan (1957-1958), la función que cumple el deseo materno en relación a un hijo es indispensable. Sin éste, no hay posibilidad de vida para el hijo. Es también en función de este deseo que puede responder a las necesidades vitales del lactante que viene a obturar su castración. Pero es sobre este mismo deseo que opera la función paterna, que al sacarla del lugar de toda madre posibilita la constitución subjetiva del niño, substrayéndolo como objeto de su goce, e instaurando en el niño la pregunta por el deseo de la madre.

Con esto, se puede pensar que el estrago responde al deseo de la madre desarticulado del falo, un deseo caprichoso donde el falo no ejerce su función protectora, donde lo que impera es la ley materna, la mujer no-toda madre.

De esto habla Colomba, cuando señala su sentirse en deuda por no ser aquello que la madre desea, aquello que Ana quería para ella misma y a lo que tuvo que renunciar por tenerla a ella. Es ese deseo, el deseo caprichoso de Ana, la exigencia de un hombre y del éxito profesional, lo que a Colomba la congela, lo que en ella ha hecho estragos.

Colomba habla de este deseo materno que la tortura, y como se señaló en la presentación del caso, habla también de la deuda que siente frente a este deseo: *“Lo que me pasa con mi mamá es que me siento en deuda”*.

Es una deuda que se da en varios planos. En primer lugar, Colomba señala que siempre ha tenido problemas con su madre por temas económicos: *“ella me hace saber que ha invertido en mí”*. Colomba señala *“lo que ella me tiene que dar es mi educación, todo lo demás, plata o tiempo, son cosas extras. También me paga la depilación y las pastillas anticonceptivas, fuera de eso, yo siento todo como deuda, le tengo que pagar por cada cosa que ha hecho”*.

Lo que la madre paga, es lo que querría para ella misma, los estudios, y los hombres. Eso, Colomba se lo debe y para pagar, el deseo materno consta de un sólo mandato: terminar la universidad y casarse bien; es justamente ahí, donde Colomba padece, pues, ¿qué opciones tiene si no? Asumir el mandato materno y hacer de éste su vocación, como lo

hizo durante los primeros años de estudio, o bien, rechazarlo e inscribirse bajo el signo de la exclusión, y afirmar ese resto de libertad sólo en forma negativa. Colomba no puede moverse de donde se encuentra, cualquier paso sería en falso.

En otro plano, aparece la deuda de vida, y el lugar que vino a ocupar Colomba para su madre. Colomba relata *“Mi mamá hizo todo por mí, aperró sola por mí, y como se quedó embarazada siendo una adolescente, no pudo estudiar por mí... hasta el día de hoy, yo fui un obstáculo para ella, como un estorbo”*.

Aparece entonces en el caso el estrago que puede provocar aquello que se nombra como amor materno. Señala Hopen (2002) *“En este contexto de alienación, a veces vivido en nombre del amor materno, una madre puede hacer de su hija una prolongación de ella misma, hacer cargar a su hija con lo que hubieran podido ser sus ideales propios. Conocemos la cadena de sacrificio, culpabilidad y odio que resulta de eso”* (p. 17). Sacrificio, culpabilidad y odio que son parte del padecer de la paciente.

### **3.2 El estrago estructural: ¿la imposibilidad de una transmisión?**

La segunda referencia lacaniana sobre el estrago se puede encontrar en *“L’etourdit”*, (1972) en la que Lacan habla del estrago estructural, condición de relación de una madre y una hija, dada por la similitud de los cuerpos, por la anatomía. Dice Lacan: *“la elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es en él pez en el agua, por ser la castración en ella inicial, contrasta dolorosamente con el estrago que en la mujer, en la mayoría, es la relación con la madre, de la cual parece esperar en tanto mujer tanto más subsistencia que del padre, lo que no pega con su ser segundo en este estrago”* (p. 35).

Aquí el estrago se destaca como inherente a la relación de la niña con su madre, estructurante, versión que se rastrea desde Freud en relación a la ligazón de la niña con su madre en la fase pre edípica. Es la madre la que debe subsistir para la niña, la que debe responder, transmitir algo sobre la sexualidad, sobre lo femenino. Sin embargo, no puede hacerlo, ya que ella misma está castrada. Eso es, para Lacan, lo estructural del estrago.

En Lacan (1975) es este cuerpo agujereado con el que la mujer entra al Edipo, esta condición anatómica, lo que dará cuenta entonces de la relación estragante estructural entre madre e hija. La relación devastadora, de estrago, no debe ser entendida como el resultado de una desastrosa relación entre madre e hija a causa de una mala madre, se trata más bien de un hecho estructurante que da cuenta de la imposible armonía de esa relación. Madre e hija deben renunciar a ese ideal de concordia producido por la ilusión de pertenecer al mismo sexo. En la experiencia que viven madre e hija, ellas ponen en práctica esa experiencia devastadora debida a la imposibilidad de similitud, debido a una disparidad radical existente en el seno de esa relación, en la configuración anatómica de los cuerpos.

No es el vínculo lo estragante, es la pregunta sobre la feminidad que la hija dirige a la madre, y sobre lo que la madre, otra estragada, no puede responder, eso es lo que, en palabras de Lacan (1972) no pega.

Y este sin respuesta ha tenido sus efectos devastadores en Colomba también. Entre angustia y actings, Colomba experimenta el goce del deseo caprichoso, de ser ella un peligro para otro, para un otro desvalido, para otro maternado: los niños de la urgencia pediátrica que son cuidados por sus madres. Su paralización entonces da paso al comienzo de los "errores" en su práctica clínica, errores que se ven agravados por su silencio frente a las enfermeras que podrían ayudarla, por su imposibilidad de demandar un lugar en el Otro. Es un Otro que para ella no ha respondido: Colomba se vuelve letal en el silencio angustioso frente al silencio del Otro.

Es ahí donde se interviene, dando una respuesta a Colomba. No se trata acá de una respuesta estructural, de un gran saber que se le transmite, más bien, se interviene simplemente habilitándola a hablar, a pedir, y de alguna manera, dándole un lugar como sujeto en el deseo de la terapeuta.

Este movimiento, esta sutil respuesta, permite la aparición en Colomba de un campo novedoso, una invención propia, infantil y fantasiosa, pero al fin propia, sobre lo que

podría ser mujer. Comienza la fantasía de la mujer independiente, que camina con tacos por las calles de la gran ciudad, fantasía que en nada remite a la madre.

Frente a la imposibilidad de la transmisión de lo femenino que plantea Lacan como la vertiente estructurante del estrago ¿Cómo podemos entender entonces los movimientos que Colomba realiza y que le permiten ir más allá de la madre? ¿Cómo es que Colomba logra solucionar, al menos por un tiempo, aquello que la capturaba de la relación entre ella y su madre?

En esta línea, Hopen (2002) señala “El “estrago” del lado materno, del que habla Lacan, resulta de esta no transmisibilidad de la feminidad: le corresponde a cada mujer reinventarla” (p. 17).

Es así como el caso de Colomba nos trae la pregunta, ¿habría algo que transmitir entre madre e hija, algo que encontrar, un saber sobre lo femenino más allá del estrago? O bien, así como la mujer es no-toda, no hay significante para La Mujer ¿es la invención de lo femenino también una tarea personal, una solución de compromiso de cada mujer frente a lo intransmisible?

#### **4. La posibilidad de una transmisión femenina: más allá de Ana.**

El caso presentado trae entonces una pregunta frente al estrago ¿existe la posibilidad de transmisión de lo femenino?, o bien ¿la realidad posible es el encuentro de una forma de nudo particular en cada mujer frente al padecer del estrago?

En cuanto a las preguntas planteadas, el caso plantea dos vertientes, la primera, muestra el rumbo que toma Colomba en relación a Ana y a lo materno, y la segunda, cómo esa decisión se repite en la transferencia, vertientes que serán pensadas en los siguientes apartados.

##### **4.1 El atravesamiento del estrago: la renuncia a la madre**

Hasta acá, se ha planteado el estrago como aquella condición entre madre e hija que da cuenta de la devastación que provoca la imposibilidad de transmisión de un saber, un significante femenino. Lessana (2000) plantea que existe una imposibilidad de hacer patrimonio de lo femenino, ya que la feminidad no sería la apropiación de un rasgo o una insignia, no se transmitiría simbólicamente. Tanto madre como hija deberán experimentar el hacerse mujer de la hija, haciendo operar una separación sin sustitución, sin compatibilidad, sin intercambio; ni en el orden de lo simbólico, como ya se estableció, pero tampoco en el orden de lo imaginario, ya que para la autora (2000) “el goce sexual femenino no oferta ningún rasgo visible en el espejo del semejante” (p. 167).

La ilusión de la relación entre madre e hija es que existe una imagen común entre ambas, pero el estrago sería la prueba de efectiva de que esa comunidad femenina no existe, ya que el goce femenino, que excede al orden de lo fálico, sería imposible de compartir. No habría entonces posibilidad de transmisión ni en lo simbólico ni en lo imaginario, como señala Lacan (1972-1973) no existe La mujer.

¿Cuál es la salida posible entonces frente a esta imposibilidad simbólica e imaginaria? Lessana (2000) piensa el estrago como un pasaje que ha de atravesarse, y para que esto suceda habrá que dar lugar al odio torturante entre madre e hija, odio que viene de la imposibilidad de dar respuesta a la demanda de amor entre ambas. La madre debe

renunciar a la hija experimentando su hacerse mujer, y la hija deberá renunciar a la madre, a la demanda imposible de amor y de un saber femenino que le dirige. El atravesamiento del estrago sería entonces una renuncia, una deserción que no pasa por una solución en lo simbólico ni en lo imaginario, si no que inscribe una huella en lo real del cuerpo femenino, no atravesado por la palabra ni por la imagen.

De alguna forma, vemos que esto se constata en el caso de Colomba. En el segundo momento del proceso, la reducción de goce que Colomba experimenta con la habilitación a decir algo frente al sin respuesta de la madre da paso a la fantasía sobre otras formas de ser mujer, lo que se podría localizar más del lado del deseo. Aparece entonces una forma de desprecio declarado, una barra a la madre: la madre a veces es *ridícula*.

Colomba logra ver la “ridiculedad” de Ana cuando ésta persigue a personas que llaman su interés por temas de estatus social. Ante la mirada de Colomba, la madre aparece en falta, sin embargo, la paciente no se queda en ese lugar, satisfaciéndose en este desprecio a la madre. Al contrario, esta barra a la madre le permite moverse de su congelamiento, alejarse de la madre, de su cuerpo, de la deuda que su deseo instauraba. Colomba es capaz de dimitir a la madre toda y aparece entonces la mirada tratada, ya no es esa mirada pulsional que la atraviesa, algo se apacigua de la pulsión, ya que en la palabra *ridícula*, Colomba parece encontrar el significante de la falta en el Otro, y esto produce efectos reales para ella.

Esta renuncia a la madre completa le habilita algo de su propio cuerpo, de su propio ser mujer. Es acá donde se abre el campo para dos encuentros, en encuentro con un quehacer laboral, y con un hombre.

En cuanto al quehacer laboral, podemos señalar que en la medida que el discurso de Colomba gira, ella es capaz de olvidar de alguna manera a la madre, de renunciar a ese goce, al goce del cuerpo de Ana, y a su lugar de hija, pasando a ocupar el lugar de “madre” en el servicio de atención primaria en el que realiza su práctica.

Encuentra acá en su quehacer una forma diferente de relación a lo materno: en el consultorio de atención primaria en el que realiza esta práctica no existe el fantasma de la mirada vigilante de la madre, más bien, lo que allí encuentra es el agradecimiento de pacientes que la ponen a ella en un lugar de madre; pero no el lugar que ella ha dado a su madre, sino que el lugar de madre devota de hijos agradecidos.

Al respecto, Hopen (2002) señala:

“quiero citarles un apólogo relatado por Freud, el que nos permite apreciar lo que la madre puede enseñar a sus hijos en este proceso de alienación-separación, en lo que concierne a la gratitud.

Una mamá águila quiere salvar del diluvio a sus pequeños, demasiado débiles para volar con sus propias alas. Toma al primero en sus garras y emprende el vuelo. “¡Te estaré siempre agradecido, mamá!”, dice el aguilucho. “¡Mentiroso!”, contesta la madre soltando a su pequeño en las olas. La misma escena con el segundo. Cuando la madre toma al tercero y vuela hacia un refugio, el aguilucho le dice: “¡Espero ser tan bueno con mis hijos como tú has sido conmigo!”. La madre salvó a este hijo.

Es en este sentido que digo que la madre puede enseñar a su hijo que hay una disimetría de lugares, que no se trata de reciprocidad ni de incondicionalidad, que la deuda de gratitud que une un hijo a su madre debe situarse en el futuro, no en el pasado” (p. 21).

Así, Hopen, sin dar cuenta de una transmisión, plantea una enseñanza posible. Es una deuda que se instala, pero no una deuda que ate a madre e hija, sino más bien, una deuda de gratitud, que abre un futuro para la niña. Al experimentar esta gratitud, algo se abre para Colomba: comienza entonces a aparecer un discurso propio, al principio de manera algo torpe, pero que va tomando forma y dando paso a una subjetividad más allá de Ana. Al descompletar a su madre, y poder vivir la experiencia de la gratitud, algo nuevo se habilita para Colomba.

Esto nuevo que aparece para la paciente se repetirá en el vínculo con otra mujer, la terapeuta, desatando efectos muy interesantes en la transferencia.

#### **4.2 El efecto-madre y la transferencia**

Como se señaló en la presentación del caso, el cambio en la posición de Colomba con respecto a su madre implica también un importante movimiento transferencial: las sesiones se vuelven muy cortas, Colomba señala que no sabe bien de qué hablar. Parece

que si no es sobre la madre, ella tuviese poco que decir. Le señalo que me hable de ella, que es muy poco lo que sé de ella. La paciente parece sorprendida con mi intervención, pero es capaz de establecer una conversación casual, de hechos cotidianos que no remiten a la madre, lo que se mantendrá por algunos meses. Hay también algo en el vínculo transferencial que cambia. ¿Y qué es eso que muta? Pensando en los conceptos revisados, se podría aventurar que Colomba, en la transferencia, y en palabras de Guyomard (2009) es capaz de pasar del vínculo a la relación.

Para la autora (2009) existe una posibilidad de transmisión de lo femenino, pero ésta iría más allá de una lógica simbólica, se trataría más bien de un proceso civilizador que puede dominar lo salvaje de la pulsión, un registro de lo materno que podría alojar un encuentro entre madre e hija.

Guyomard (2009) plantea que para que esta transmisión pulsional suceda, el vínculo narcisante fundamental entre madre e hija debe ser una condición efímera y a la vez estructurante, es decir, operar y desaparecer, en un efecto efímero, dando paso del vínculo a la relación. Este vínculo, como ya lo señalaba Hopen (2002) corre el riesgo de devenir mortífero cuando se vuelve exceso. Sólo el destete vincular será la garantía de una transmisión posible.

Para Guyomard (2009) el vínculo narcisante cae y da paso a la relación de objeto en la medida que hay una pérdida, destete de placer, no del objeto mismo; y al mismo tiempo, una mantención de la huella narcisística de ese vínculo, es decir, una descompletación del Otro materno. Así, “una madre, como objeto, sólo se constituye si se pierde” (p. 19). De este dolor desgarrador que es la pérdida del vínculo devendrá la posibilidad de la relación de una mujer con su ser mujer.

¿Cómo se verifica esto en el caso, y específicamente en la transferencia? Después interrumpir las sesiones por dos semanas debido a un viaje mío, Colomba señala “*No sabes todo lo que ha pasado, parece que todo pasa cuando tú no estás, vas a tener que irte más seguido*”. Si los hechos suceden bajo mi presencia, ella me los debe, así como le debía todo a Ana.

Comienzan entonces una serie de actings donde alguna de las dos queda en deuda con la otra: no trae el dinero, cancela algunas sesiones que paga con anticipación, incluso olvida avisar sus ausencias. Por esto, le pido a Colomba que ella pague parte de las sesiones, sesiones que antes pagaba por completo su madre. Busco dejar en claro que poniendo algo de ella en su trabajo, no me debe nada a mí.

Este ensayo transferencial de deber y no deber parece una oportunidad para Colomba para continuar su búsqueda propia en relación a una identidad femenina desmarcada de la madre. Se ofrece un lugar en la transferencia, lugar que es utilizado y en el que se logra tramitar, transmitir algo. Volvemos entonces a la pregunta por lo transmisible en la feminidad ¿Qué es aquello que sucedió en la transferencia? ¿Una transmisión?

Al respecto, señala Guyomard (2009) “La transferencia es el lugar y el tiempo donde el acontecimiento psíquico se produce” (p. 11). No se intenta plantear acá que en la transferencia se repara el vínculo original de lo materno, ni se produce una transmisión simbólica sobre lo femenino; pero sí parece interesante abordar la posibilidad de que esta diferenciación con su madre, la renuncia de Colomba, permite que la paciente pueda hablar y actuar más allá de Ana.

Algo de la alteridad sucede con la caída del vínculo madre-hija y se instala también en el proceso de trabajo, algo de la posibilidad de ser mujer de otra forma que la madre, algo de la posibilidad de una relación, pero es un fenómeno que se da en la posición de la paciente ante el proceso y en la transferencia, no es un algo que busque la interpretación.

Para Guyomard (2009), al igual que para Lessana (2000), lo que queda como resto, como herida de este efecto-madre es aquello imposible de ser simbolizado, lo no articulable fálicamente que queda como huella melancólica en el paso femenino del vínculo a la relación. Todavía más, Guyomard plantea que este acento melancólico en la mujer podría dejarla sumida en el “peligro de una desaparición identitaria” (p. 16), una melancolización de la economía narcisista. En este punto, el sujeto queda vinculado y desvinculado a la vez del fantasma inconsciente, donde el otro no sería más que una figura superyoica, eternamente insatisfecha e insatisfactoria, una figura que goza.

Es quizás este fenómeno lo que podemos verificar en Colomba a su entrada en el proceso: su otro goce, su padecer, remite a una Madre, a ratos sólo madre, y muchas veces demasiado mujer, incapaz de acogerla en cuanto tal, ya que para Colomba no era una madre que deseara, más bien era una madre que gozaba, se trataba de un vínculo pulsional. Esta madre había significado para Colomba la posibilidad de desaparecer, Colomba llega melancolizada, en posición de objeto, desajustada de su propio cuerpo, no hay existencia posible fuera de la madre, de su sombra, de su goce. En un primer momento esto se repite en la transferencia, todas sus preguntas son dirigidas a mí, y cualquier respuesta o no respuesta es interpretado por ella como un saber completo.

Con la renuncia de Colomba a la madre, el vínculo de completitud, de goce, cae, dando lugar al deseo y a una búsqueda diferente: no quedar atrapada bajo la sombra de la madre, pero tampoco bajo mi sombra.

Luego de que Colomba es habilitada a hablar y pedir a través de una intervención, y esto le permite señalar la falta en su madre, el proceso da un giro. Las sesiones se convierten en conversaciones casuales y escuetas sobre su día a día, y cuando Colomba dirigía alguna pregunta buscando el saber del terapeuta, muchas veces la respuesta adecuada fue un genuino “no sé”, una relación de la terapeuta a la falta, pero sin mortificación. Esto permite continuar el proceso de apaciguamiento que se inició en Colomba, permite descompletar a otra mujer más, a la terapeuta.

A pesar que este descubrimiento, el de un quehacer, es un movimiento tímido para Colomba, y que su nueva posición la deja muchas veces perpleja en el trabajo clínico, sin saber bien de qué hablar, no nos encontramos frente al silencio mortífero de los primeros momentos de trabajo, es más bien el silencio frente a la sorpresa, frente a la novedad.

Como se señaló, este fenómeno da paso a dos encuentros: uno en el campo de lo laboral, ya revisado, y la posibilidad del acceso a un hombre de una manera distinta a lo que los hombres habían sido para ella.

Es así como caben las preguntas planteadas en la introducción de este estudio de caso: ¿Qué estatuto tiene la elección de objeto en esta mujer frente al padecer asociado a lo materno? ¿Se puede pensar aquí la elección de objeto a la forma de una solución propiamente femenina frente a la desobjetivización que implica el campo de lo materno para esta paciente?

## 5. Un hombre: ¿un estrago? ¿Una invención?

El segundo encuentro que se hace posible para Colomba luego de la “renuncia” a la totalidad de la madre es el encuentro con un hombre. Para ahondar en las preguntas planteadas sobre el caso, es decir, el estatuto de la elección de objeto como solución de compromiso frente al padecer del estrago, parece importante hacer referencia primera a lo que, en palabras de Lacan podría ser un hombre para una mujer.

Siguiendo la noción de estrago en Lacan (1975-1976), la tercera referencia que se encuentra en su obra señala:

“Si una mujer es un *sinthome* para todo hombre, es completamente claro que hay que encontrar otro nombre para lo que un hombre es para una mujer, puesto que el *sinthome* se caracteriza justamente por la no equivalencia. Puede decirse que el hombre es para las mujeres todo lo que les guste, a saber una aflicción peor que un *sinthome*. Pueden articularlo como el *convenga*. Incluso es un *estrago*” (p. 99).

En este tercer momento de la palabra “estrago”, a saber, la diferencia de los sexos y qué podría ser un hombre para una mujer, Lacan (1973) afirma que no hay límites a las concesiones que cada mujer hace para un hombre, llegando a entregar su cuerpo, su alma, sus bienes: “Su goce la compromete en una lógica de la absolutización del amor, que la empuja hacia una insaciable búsqueda del Otro” (Soler, 2008, p. 269). Así, el hombre como estrago implicaría una relación, simbólicamente débil, que aleja al Otro. Es el amor vivido como obstrucción, ahogo y que puede fácilmente transmutarse en odio, un odio basado en el temor al goce del Otro.

Así, cuando Lacan (1975-1976) se refiere acá a algo “peor que un *sinthoma*” está señalando aquello que va más allá de la articulación fálica, algo que no responde a la significación, que no quiere decir nada.

De este modo, Lacan (1975-1976) establece que para el hombre, por su modo de goce esencialmente limitado a lo fálico, la mujer es siempre *partenaire-síntoma*; mientras que para la mujer la pareja se impone de una forma distinta: en función de lo ilimitado. Es por esto que para Lacan, es preciso que la mujer encuentre en su pareja aquel al que le falta

alguna cosa y que esa falta lo haga hablar, y será así en este vínculo en donde encontrará un límite que fija la deriva pulsional y la mantiene en una relación vital.

Sin embargo, la aparición de Jaime en la vida de Colomba parece apaciguar aquello que Colomba padecía en relación a su madre, no necesariamente creando un límite o una separación imaginaria entre madre e hija, sino que dando cuenta de la falta en la madre y abriendo una puerta de acceso a otro goce para Colomba. Cabe así la pregunta ¿Qué estatuto tiene la elección de Jaime para Colomba? ¿Si la relación no va por el lado del estrago, qué es este hombre entonces para esta mujer?

La clínica acá, abre una posibilidad a la teoría, un camino abierto a pensar las invenciones femeninas frente al estrago. Como señala Hopen (2005):

“Lacan nos decía en la escritura de lo que llamó las fórmulas de la sexuación, que había que velar, mantener a una distancia, una desviación entre nuestro lugar de objeto causa de deseo para un hombre y nuestra relación a S (barrado) que nos permite estar no todas en la dialéctica fálica. Si esta distancia es mantenida, y sabemos que no se hace de una vez para siempre, lejos de allí, algo rico y aliviador puede pasar con todas las incertidumbres del deseo”<sup>3</sup>.

Y continúa:

“La mutación que podemos constatar es que para ciertas mujeres, caso a caso, el hecho de saber que necesita de un hombre para ordenarse y para tener acceso a un otro espacio no es vergonzosa ni necesariamente explícito. Esta soledad lógica no es necesariamente vivida como abandono, ni como aislamiento. Este saber le hace aceptar este pacto implícito de alteridad, inventar frente a los inevitables aforismos y desempeñar con seriedad su rol de parecer mujer”<sup>4</sup>.

Así, la mirada que primará la lectura de esta elección de objeto en Colomba, es la mirada del caso a caso, en la que un hombre podría no representar ni un estrago ni un ordenamiento fálico; si no que el acceso a otro espacio, un espacio de alivio frente al abandono, y también del encuentro con lo propio de la feminidad. Si ya en el segundo

---

3 Traducción personal.

4 Traducción personal.

momento del caso se constataba que Colomba era capaz de desviar su mirada de la madre e intentar un encuentro con algo propio, la relación con Jaime parece sacramentar esta posición, como señala Hopen, sin vergüenza, sin la sensación de aislamiento, sino que como una posibilidad de apropiación de su rol de ser mujer.

Parece relevante entonces, para pensar qué lugar ocupa este hombre para esta mujer, revisar qué habían significado los hombres en la vida de Colomba y en la historia familiar. Hasta la relación con Jaime, Colomba había sostenido una posición mortificante frente a los hombres: odio, inhibición, excitación y una constante sensación de ser gozada, abusada con su mirada.

Durante el proceso, Colomba hace poca referencia al tema, tampoco se refiere fácilmente a su vida sexual. Las primeras alusiones a los hombres se ubican en el primer momento del proceso, encuadradas en una queja sobre la madre. Para Colomba, Ana ha sido una madre que abandona a la hija por los hombres, hombres *“buenos para nada”*: inestables, inmaduros, poco productivos, un hombre castrado al que cuidar. Así, los hombres de la madre se han convertido en una amenaza para Colomba.

Destaca sobre todos a uno: Fermín. Este hombre representa el peligro del Otro que goza sexualmente de ella. Cuenta *“yo sentía que él me acosaba con la vista, me miraba con jumper, cuando salía en pijama del baño”* o *“Yo me encerraba en mi pieza, y soñaba que él me violaba”*. Se sorprende de una madre capaz de rendirse a los pies del otro: *“ella era como la empleada de él, sumisa, una geisha... ahora no sé cuál era mi mamá, si esa o la que era conmigo”*. Colomba nombra a la madre que desea, que goza, como *“la empleada”*.

Actualmente, Ana está en pareja con Alberto, quién dejó a su mujer y sus hijos (todos hombres) para vivir con Ana y Colomba. *“Con él me siento mejor, él nunca tuvo una hija mujer, y como que ve eso en mí, pero igual a veces me ahoga tanta cercanía”*. Colomba es capaz de ubicarse ella y de ubicar a la madre ante Alberto, de ubicarse ella deseada y no gozada, y a la madre deseante y no gozante.

¿Qué hay de otros hombres? Del padre sabe poco, *“antes de irme fuera de Santiago fue la última vez que me buscó. Mi mamá dice que era quedado, sin espíritu emprendedor, después nos encontramos por las redes sociales, salimos un par de veces, me dijo que me iba a ayudar a pagar algunas cosas, pero la última vez que lo vi, al despedirse de mi me dio un beso en la boca. Yo me quedé helada, y después ya no lo vi más”*. Incluso el padre, está puesto en el lugar de los hombres que intentan gozar de ella. Habla muy poco de él, como si no lo necesitara, no responde a mis preguntas por él, sólo lo trae a sesión en contadas ocasiones y muy equívocamente.

De sus parejas Colomba señala que tuvo una relación durante 4 años con Sergio *“era mi puerto seguro, me ahogaba, yo tenía que estar siempre ahí para él, pero él me dejó por otra, me mintió”*. Sergio iba en la línea de las parejas de la madre *“tenía una familia como disfuncional, me necesitaba mucho, era como cabro chico”*. Cuenta que nunca tuvieron relaciones sexuales, y a esto atribuye la ruptura *“me sentía cochina, como que el amor es una cosa, y la calentura otra, eso es sucio. Yo creo que se me quedó pegada la sensación de incomodidad, y hay otras mujeres que son más sueltas”*.

Así, en los hombres Colomba ha localizado el punto de goce de la madre, punto donde también ubica la razón del abandono que ella siente por parte de Ana. Sin embargo, frente a Jaime, Colomba no duda y comienza una relación. Con él logra avanzar sexualmente, sin llegar a la penetración *“él no me exige mucho, es más maduro, creo que no le interesa tanto el sexo”*. Sin embargo, algunos escollos se presentarán en el camino, escollos que provienen de la rivalidad entre Colomba y su suegra, pero que situarán a Colomba en otro lugar, no es un padecimiento melancólico, al contrario, es una lucha que la revitaliza.

Lo que se levanta del caso no es el hecho de un hombre que viene a ordenar fálicamente a Colomba, sino más bien, un hombre que cumple tres condiciones precisas que permiten un alivio de este padecer femenino que la paciente experimentaba con respecto a la madre. Estas condiciones son: Jaime es un hombre mediado por Ana, la madre de

Colomba; no presiona a Colomba hacia el encuentro sexual; y trae aparejado a sí otra mujer a quién odiar, la suegra.

Se revisarán entonces estos tres hechos clínicos para intentar pensar de qué forma éstos inciden en la localización de Colomba en frente a su padecer.

En relación al primer punto, un hombre como una elección mediada por la madre, se podría plantear que Jaime, en el lugar del yerno ideal, ordena el deseo de Ana y la aparta del goce de los “*hombres buenos para nada*” y de ser “*la empleada*”. El hombre que Colomba elige, es un hombre mediado por la madre, mas no es como los hombres de la madre. Ana se lo presenta, y para ella, cumple los requisitos necesarios para ser su yerno: es un profesional, de una familia conocida, es un hombre solvente, es un hombre que detenta las insignias fálicas que la madre persigue y que la dejan a ella en falta. Con la aparición de Jaime, Ana ya no quiere un hombre con el cual gozar a costa de lo que sea, incluso de su hija. Su madre, ahora incompleta, castrada y ridícula, desea un hombre para su hija, y esto, podría ser para Colomba, una muestra de amor.

Señala Lacan (1964-1965) que amar es dar lo que no se tiene a aquél que no es. Esto significa que la madre desee algo para Colomba, un hombre diferente de los que ha escogido para ella misma, algo que ella como madre no puede entregar. En este deseo, Ana se barra. En palabras de Hopen (2002):

“es necesario, me parece, que la madre tenga una relación feliz con la con la falta: diría una falta saludable que haga de ella alguien con una identidad sexual y que gracias a esa falta, se halle deseante (...) Resulta que para que para que una madre pueda dar lo que no tiene a la que no es, es necesario que haya sabido fabricarse una posición sexuada que le de cierta satisfacción en tanto *semblant* mujer (...) es necesario que la madre pueda también dar a su hija el derecho de un lugar en esta relación feliz con la falta” (p.15).

De esta forma, con la castración a la madre, castración que Ana confirma como muestra de amor a través del deseo de un hombre para su hija, Ana asume un lugar que permite entender a Colomba que “es con un hombre, y no con su madre, que ella puede encontrar un lugar y un acceso a la sexualidad” (Hopen, 2002, p. 16).

Y es precisamente aquella la segunda condición que Jaime cumple. Con el comienzo de esta relación se abre para Colomba la posibilidad de un encuentro sexual, encuentro que la paciente había evitado por ser para ella algo *cochino*, asociado a *otro tipo de mujer*. Sin embargo, Jaime no se muestra especialmente interesado en las relaciones sexuales, o bien, no presiona a Colomba para que la relación se consume, lo que a Colomba la alivia y le permite avanzar sin angustia en este tema.

El goce sexual fue para Colomba, algo propio de la madre, especialmente en su relación con Fermín. Los hombres la hacían gozar, y de ese modo, la convertían en su *empleada*. En el discurso de la paciente, se constata que en la experiencia de Colomba, Ana no tuvo ningún velo con ese goce frente a su hija. Al respecto, señala Hopen (2002):

“Ahí está todo el arte, el saber-hacer que requiere la función materna: equilibrio entre la represión indispensable para entrar a lo social y la apertura de espíritu que permita la asunción de una posición femenina erótica y a la vez materna. Este sutil equilibrio entre represión y apertura nos conduce a considerar el papel que juega el pudor en la relación madre-hija. La importancia del pudor proviene del hecho de estar ligada al ordenamiento fálico, como Lacan nos enseñó en *La significación del falo*. (...) Nunca se subrayará suficientemente los estragos que pueden ocasionar en una hija el impudor o la desvergüenza de su madre (p.18).”

Así, para Hopen (2002) la falta de pudor en la madre hace aparecer un real “que no está anudado, no socializado, este horror puede a la vez paralizar a la niña, excitarla, inhibirla y/o darle un sentimiento de impotencia” (p. 19). Paralización, excitación e inhibición, palabras que se ajustan a la historia de Colomba frente a los hombres y el goce sexual. Es posible entonces que Jaime, este hombre que no invita al encuentro sexual inmediato, que no replica la mirada de Fermín ni de su propio padre sobre ella, sea una posibilidad menos angustiante para Colomba, porque no retrotrae al goce materno, no localiza a la paciente en ese lugar, el lugar de *la empleada*.

Finalmente, y como tercer punto, se señaló que la entrada de Jaime en la vida de Colomba traía aparejada también la entrada de otra mujer: la suegra. Jaime es huérfano de padre, lo que lo ha llevado a hacerse cargo de una familia compuesta por su abuela, su madre, su hermana y sobrina. Colomba entra en una rivalidad imaginaria directa con todas estas mujeres, pero esto parece amainar su propia relación a Ana.

¿Qué lugar viene a ocupar este odio para Colomba? Hopen (1993) señala que si el varón tiene la posibilidad de salir del odio original a la madre a través de la promesa de encontrar la Mujer y/o el derecho de rivalidad entre hombres, la niña no tiene ese mismo derecho: “Ella tiene que reprimir su odio a la madre, si no, se arriesga a ser abandonada. El derecho a la ambivalencia de una hija con respecto a su madre, y viceversa, no es todavía un derecho adquirido en nuestras sociedades. ¿Debemos entonces asombrarnos que esta mala inteligencia ancestral venga a colorear nuestras relaciones entre mujeres, más allá de la familia?” (p. 20)

Para la autora, tanto la niña como el varón tienen acceso a una imagen de sí mismos y del otro a través de la imagen de un Otro absoluto encarnado en el cuerpo de la madre. La niña se entera rápidamente de que ella no puede satisfacer el deseo de su madre, pero esto no impide que ella sea su primer objeto. Otro saber que la niña adquiere muy temprano es que no puede esperar de su madre un reconocimiento simbólico, ya que no hay transmisión de un estatuto de pertenencia a “las mujeres”. Con esto, “al principio no es el verbo lo que encontramos, sino el odio” (p. 19). Este odio permite un movimiento en la niña, que al orientarse al padre, la demanda ser reconocida por el gran Otro como una, demanda que continuará a través de diferentes búsquedas en las que ella no vale si no es a través del reconocimiento del otro. “ella no puede valer si no es la única (...) el “ella o yo” siempre se impone a las mujeres” (p. 19).

Mientras la demanda de amor estuvo dirigida a la madre, este “ella o yo” estuvo dado por los hombres de la madre, por el goce de Ana, dejando a Colomba en un lugar de desecho, un lugar invadido por la melancolía, ya que frente al goce materno no había mucho que Colomba pudiese hacer, la madre siempre elegía a los hombres. Sin embargo, con la habilitación a Colomba para hablar, aparece la barra a la madre, barra que se confirma en el deseo de la madre por Jaime. Junto a esto, se asoma la posibilidad de un “ella o yo” en el que “el deseo es visto en el otro bajo la figura de otra mujer” (Hopen, 1993, p. 20), en este caso, la suegra.

Y de eso habla Colomba. Habla de la suegra con mucha rabia, pero es una rabia que la hace sonreír, frente a la que no calla. Es directamente agresiva con ellas, no hace la guerra desde el silencio: les contesta irónicamente, no pierde la oportunidad de decir algo que pueda herirlas, y les hace notar que Jaime la prefiere a ella: *“es una vieja egoísta, quiere a Jaime sólo para ella, no ve que es joven, que podría tener una vida, yo le digo que lo tienen como junior”*. Esta actitud implica algunos problemas en la pareja, pero Colomba parece revitalizarse desde el odio, localizarse en una posición mucho más aliviadora para ella.

Señala Hopen (1993) *“éste puede ser un tema inagotable (...). Ah! Aquí encuentran la horma de su zapato: goce asegurado”* (p. 20). La pasión del odio por la suegra parece distraer a Colomba de la pasión del amor por la madre, y para ganar esta batalla, es que Colomba comienza a desplegar sus propias invenciones con respecto a su ser mujer. Señala en una sesión *“la mamá siempre es la mamá, ella lo sabe, me hace sentir como la patas negras. Pero hay algo que ella no le puede dar y yo sí, y a los hombres siempre les tira ese algo”*.

Con esto, se puede pensar que la elección de Jaime anuda aquello que para Colomba parecía girar en banda, la demanda a la madre por un saber sobre ella misma, y le permite apartarse de esta mirada que dirigía a la madre absoluta, mirada y demanda que iban en directa relación a su padecer. Lo que se intenta proponer acá es que este hombre no ha sido para Colomba un estrago, tampoco un ordenador fálico para la mujer deslocalizada, sino que una invención, la puerta de acceso a otro goce, a un goce no-todo que no la mortifica. Como señala Hopen (1993) *“deshacer y saber hacer funcionan como conjunto, es decir deshacerse de un cierto tipo de goce para tener la posibilidad de aprender otra cosa”* (p. 21).

## 6. No más madres, el cierre del proceso.

Como último punto a tratar en relación al caso, se revisará la forma en que se cerró el proceso, intentando poder pensar cómo ésta se articula al trabajo que se realizó durante el mismo.

Se interrumpen las sesiones por vacaciones de verano, señalando que se retomará el trabajo en Marzo. Sin embargo, la realidad aparece en el caso para tocar lo real, y determinar otra cosa. A principios de abril, mi sobrina se accidenta y yo me hago parte de sus cuidados, acompañándola una tarde en la clínica. Por azar, Colomba es la parte del equipo a cargo de la unidad donde está internada mi sobrina. Al verme, se sorprende (y yo también) y señala que se había percatado del alcance de apellidos, preguntando si era mi hija. Le digo que no, que es mi sobrina. Me dice que estaba pensando en volver a sesiones, pero acababa de entrar a este trabajo, que cuando le pagaran el primer sueldo me iba a llamar, lo que yo acepto. Después de este encuentro, Colomba no volvió a llamar, y yo tampoco.

Caben entonces las preguntas ¿Qué sucede en este encuentro particular? ¿Cómo pensar la incidencia de la realidad en la transferencia y en el rumbo del proceso de trabajo?

En este encuentro, Colomba me ve como una madre, pero no cualquier madre, en la escena yo estoy ocupando el lugar de aquellas madres que angustiaban a Colomba: madres interviniendo el cuerpo de sus hijos, vigilantes del trabajo del equipo médico, madres de niños enfermos.

De esto, Colomba no quiere saber nada. En la última sesión antes de vacaciones, la paciente había anunciado que apenas pudiera solventarlo económicamente, se iba a ir a vivir sola, señalando *“necesito este espacio, igual le voy a pedir a mi mamá que me ayude al principio, pero ya no quiero vivir más con ella y Alberto, ahí sobro, y está bien, si ya estoy grande”*.

En su *“ya estoy grande”* se deja entrever la responsabilidad que Colomba asume por lo propio. En palabras de Hopen (1993) lo que se abre es “una posibilidad de abrirse camino a partir de un no-todo-fálico. Creo que el hecho de tener un brazo en el significante fálico

y el otro en el significante de la falta en el Otro, es decir, esta posibilidad de estar a la vez en lo Simbólico y en lo Real, nos hace más responsables” (p. 21).

Se puede inferir entonces que lo que aparece en esa escena para Colomba, es lo que remite al padecer de la búsqueda de la completitud en el Otro, completitud que representa la madre para el niño enfermo, pero a la que Colomba ya ha comenzado a renunciar, y frente a la cual, ya no quiere dar pie atrás.

Este encuentro con lo real precipita la caída, por lo menos transitoriamente, de la transferencia. Se puede pensar este cierre como una decisión por el lado de ir sola. Sin embargo, cabe también la posibilidad de un cierre como un pasaje al acto, un no querer seguir pensando. Como sea, es ella quién decide su propio cierre, decisión que, desde mi posición no-toda, no queda más que respetar.

#### **IV. DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES**

En “El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada”, Lacan (1945) plantea que el tiempo debe ser tomado como un tiempo lógico, que estructura la acción humana, un tiempo en el que opera una lógica entre el retenerse y el precipitarse y en el cual están presentes tres momentos lógicos particulares y distintos: el instante de la mirada, el momento de comprender y el momento de concluir.

El instante de la mirada apunta a la incógnita real de un problema (Lacan, 1945). En el presente estudio de caso ese instante tiene que ver con el enfrentamiento de un problema clínico, un padecer particular en una paciente particular que, semana tras semana, me habla de su dolor y de su madre, y que me confronta con una nueva modalidad clínica que parece no ceder ante la interpretación.

El tiempo de comprender señala Lacan (1945) puede reducirse al instante de la mirada pero esa mirada en su instante puede incluir todo el tiempo que sea necesario para comprender. Es en este momento donde el caso ilumina una pregunta que guía este estudio, pregunta que tiene que ver con el estatuto del sufrimiento de esta paciente, y a la vez, con la posibilidad del encuentro de algo propio, particular que haga frente al padecer que implica para una mujer la imposibilidad de transmisión de un saber sobre su ser mujer, padecer que parece estar íntimamente ligado a la relación con la madre.

A partir de este foco, se revisó con detención el caso que elicitaba las preguntas, buscando momentos clínicos que dieran cuenta del viraje que la paciente fue capaz de aventurar en el proceso de trabajo. Es así como se determinaron tres momentos clínicos: un primer momento de encandilamiento frente a la madre y su goce, un segundo momento en el que tímidamente aparece la posibilidad de otra forma de madre, y por lo tanto, otra forma de ser mujer, y un tercer momento en que el encuentro de un quehacer y de un hombre darán acceso a Colomba a una invención propia frente a su padecer.

El momento de concluir según Lacan (1945) es el tiempo para comprender, aunque sean momentos lógicos diferentes. Es precisamente esto lo que convoca esta parte final de este

estudio ¿Cuáles son los nudos teóricos que han permitido aventurar ciertas hipótesis en relación a este caso?

Lo primero que se rastrea en el caso, lo que se delimitó como un primer momento, es la actual y potente ligazón entre el padecer de la paciente y su madre. Es así como los planteamientos freudianos sobre la relación de la niña y la madre parecen adecuados para comprender el estatuto de este sufrimiento. Freud destaca en la mujer una fase de ligazón con la madre predípica de un importante contenido, tanto por su duración como por la posibilidad de dejar secuelas, fijaciones y predisposiciones.

Es la vía del amor narcisante de la madre a la hija, vía que implica por una parte la posibilidad de existencia para el recién nacido, pero que al mismo tiempo, enfrentará a la niña a una difícil salida de esta relación. Sin mucha certeza, Freud sitúa la posibilidad de salida al Edipo para la mujer en los hombres, a través de la ecuación pene hijo. El ser madre de un niño le otorga a la mujer la posibilidad de entrar en el registro de lo fálico, lo que daría causa al aquietamiento pulsional que la feminidad exige. Sin embargo, la pregunta por la construcción de la feminidad y su posible resolución siguió siendo un enigma para el mismo Freud y para el psicoanálisis, enigma que constituye también un nudo teórico para este estudio.

Por esto, el siguiente paso nos lleva a Lacan, quién se proyecta más allá del Edipo para responder al enigma de la feminidad, yendo del Edipo a la sexuación. La sexuación en los planteamientos de Lacan es la subjetivación del sexo para cada quién, y a la vez, va más allá de la mujer madre. Lo particular de lo femenino para Lacan es el goce que no pasa por la castración, goce suplementario, goce del cuerpo que está más allá del falo. En este sentido, el caso también nos presenta una mujer no-toda fálica, que no busca su serenamiento en un hombre sino que en la posibilidad de descompletar a ese Otro magnífico que ha sido su madre. La evidencia de un goce más allá materno es lo que enferma a la paciente, y en su propia búsqueda, ella logra poner un límite a ese goce, dando paso a un segundo momento del caso.

¿Qué es ese más allá? ¿Ese sin límite del goce femenino? ¿Cómo se articula el goce de la madre al sufrimiento de la hija? En este segundo nudo teórico nos encontramos con lo que Lacan llamó estrago en la relación madre hija. El devastador efecto del estrago, efecto que se evidencia en el sufrimiento de la paciente, no fue entendido como la consecuencia de un maternaje pobre, más bien, nos referimos en este estudio a la imposibilidad de una transmisión sobre el ser mujer, imposibilidad que vio Freud en la ligazón madre preedípica, y que trabajan profundamente autoras actuales como Guyomard, Lessana o Hopen.

Guyomard plantea una posibilidad de transmisión femenina en el paso del vínculo pulsional entre madre e hija a la relación, a través de la pérdida del vínculo pero no del objeto, lo que en el caso presentado se verifica sobretodo en el trabajo transferencial, tercera pregunta fundamental de este estudio.

Lessana, por su parte, plantea que la imposibilidad de la transmisión femenina deja como única posibilidad una renuncia tanto de la madre a la hija, como de la hija a la madre. En esta línea, Hopen nos habla de la deuda de gratitud, deuda que debe instalarse en el futuro y no amarrar a madre e hija en el pasado. En este campo de la renuncia y la deuda, se abre también la posibilidad de un encuentro particular que dé cuenta que de una posición femenina más allá de articulación fálica, en este caso, un hombre como formación de compromiso y un quehacer como una posibilidad de reelaboración del campo de lo materno; nudo final del presente estudio de caso, que busca precisar particularmente las condiciones para que este hombre y este quehacer actúen a modo de invención.

Y es así como, sin querer dar cuenta de un saber sobre las mujeres, el presente estudio se plantea como una posibilidad de pensar un caso en particular, al modo en que lo entiende Recalde (2012): “Y es en ese sentido que entiendo la posición femenina. No se trata de “feminizarse” sino de poder hacer algo distinto con ese goce más allá del falo, pero no sin relación al amarre fálico. Esto es, cómo hacer algo distinto que no sea padecerlo como

estragante, es decir, ni quedando a merced de una devastación sin límites, ni tampoco aferrándose fálicamente al sufrimiento que acarrea la salida histérica” (p. 89).

A pesar del recorrido andado, el caso sigue presentando aun variados enigmas, enigmas que se dejan entrever sobretodo en relación al cierre del caso. La caída transferencial puede dar cuenta de una decisión de la paciente con respecto a “las madres”, como también puede ser signo de un pasaje al acto por el lado del no querer pensar la realidad que un encuentro inesperado puede producir.

Más allá de la verificación de las hipótesis planteadas, el presente estudio aporta una vía de acceso particular al campo de lo femenino, al padecer de una mujer frente a la imposibilidad de la transmisión de lo femenino, y una propuesta de atravesamiento del estrago para esta paciente que no implica necesariamente la articulación fálica, sino más bien, una invención femenina particular, no generalizable y que no pretende decir algo sobre “las mujeres”. Si lo femenino sigue siendo enigmático hoy, es porque, como señala Lacan, no puede ser capturado por la lógica del significante; y se plantea desde otro lugar, un lugar que implica revisar una y otra vez las diferentes formas de acceder a este campo a través de cada análisis en particular.

## V. REFERENCIAS

Barros, M. (2011) *La Condición Femenina*. Grama, Buenos Aires.

Bertin, C. (1982) *La dernière Bonaparte*. Perrin, Paris.

Chatel, M.M. (1993) *El malestar en la procreación*. Nueva Visión, Buenos Aires.

Fliman, V. (2008) *Lo materno, función y registro: consideraciones acerca de la función materna como fundamento psíquico*. Tesis para optar al grado de Magíster, Universidad Diego Portales.

Fliman, V. (2008) Presencia materna, narcisismo y reconocimiento primordial. Diálogos entre Lacan y Winnicott. En *Objetos Caídos*, Revista de Psicoanálisis. Nº6, p. 11-32. UDP, Santiago.

Freud, S. (1905) "Tres ensayos de teoría sexual", en *Obras Completas*, Volumen VII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 109-222.

Freud, S. (1914) "Introducción del narcisismo", en *Obras Completas*, Volumen XIV, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 65-98.

Freud, S. (1924): "El sepultamiento del complejo de Edipo" en *Obras Completas*, Volumen XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 177-188.

Freud, S. (1925): "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos", en *Obras Completas*, Volumen XIX, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 259-276.

Freud, S. (1931) "Sobre la sexualidad femenina" en *Obras Completas*, Volumen XXI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 223-244.

Freud, S. [1933 (1932)] "33ª conferencia. La feminidad", en *Obras Completas*, Volumen XXII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001, pp. 104-125.

- Guyomard, D. (2009) *L'effet-mère, l'entre mere et fille du lien à a relation*. (S. Hernández & R. Aceituno, trads). Traducción no publicada.
- Hopen, C. (1993) "Ella o yo, contingente o necesario" en *La psychanalyse de l'enfant*, N° 14, pp. 93-103, Paris.
- Hopen, C. (2000) *La mirada y la castración*. Texto presentado en Buenos Aires, Jornadas dedicadas al estudio del seminario XI de Lacan de la Asociación Lacaniana Internacional.
- Hopen, C. (2002) *¿Qué puede enseñar una madre a su hija en el proceso de alienación-separación?* Texto presentado en Chambéry, Francia, Exposición en el coloquio de la Asociación Lacaniana Internacional
- Hopen, C. (2004) *Disimetría Hombre-Mujer*. Texto presentado en Quito, Ecuador, "Encuentro en torno a El estatuto sexual de la responsabilidad subjetiva" de Estudios psicoanalíticos lacanianos.
- Hopen, C. (2005) *Votre désir me concerne...* Texto presentado en Milán, Jornadas de estudio "Désir d'homme et désir de femme, qu'est-ce à dire?" de la Asociación Lacaniana Internacional.
- Lacan, J. (1945) "El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma" en *Escritos 1*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005, pp. 193- 208.
- Lacan, J. (1957-1958) *El Seminario, Libro 5, Las formaciones del inconsciente*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1958) "La significación del falo" en *Escritos 2*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2005, pp. 665-675.
- Lacan, J. (1964-1965) *El Seminario, Libro 12, Problemas cruciales para el psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2005.
- Lacan, J. (1970) *Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1979.

Lacan, J. (1972) "El atolondradicho", en *Otros Escritos*, Paidós, Buenos Aires.

Lacan, J. (1972-1973) *El Seminario, Libro 20, Aun*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2007.

Lacan, J. (1975) "Conferencia en la Universidad de Yale", en *Scilicet 6/7*, Editorial Seuil, Paris.

Lacan, J. (1975-1976) *El Seminario, Libro 23, El Sinthome*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.

Lessana, M. M. (2000) *Entré mère et fille: un ravage*. Hachette Litteratures, París.

Recalde, M. (2012) "Madre, niña, estrago, una salida posible" en Glaze, A. y Acevedo, L (comp.) *No locas-del-todo*. Grama, Buenos Aires.

Soler, C. (2008) *Lo que Lacan dijo de las mujeres*. Estudio de Psicoanálisis, Editorial Paidós, Buenos Aires.